Fr. A. Royo Marín O.P.

ELEVACION A LA SANTISIMA TRINIDAD

A. Royo Marín O.R.

ELEVACION A LA SANTISIMA TRINIDAD

Tercera edición

Apostolado Mariano
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7693-192-1
Déposito legal: B-23.639-91
Printed in Spain
Impreso en España

EL TEXTO DE LA ELEVACION

En los ya largos años de mi ministerio sacerdotal, la divina Providencia me ha puesto en contacto con toda clase de almas: desde los más grandes pecadores, hasta las de muy avanzada perfección cristiana; desde las que caminan a tientas en su vida espiritual a la luz vacilante de una fe muy poco desarrollada, hasta las que, con una generosidad siempre creciente, han logrado escalar cimas muy altas en su camino hacia la santidad.

Una de estas últimas me confió hace tiempo –para que la examinara teológicamente– una preciosa oración dirigida a la Santísima Trinidad, a semejanza de la sublime «Elevación» escrita por la famosa carmelita sor Isabel de la Trinidad. En esa oración resumía y condensaba dicha alma toda su vida espiritual y todas sus aspiraciones en orden a la gloria de Dios y a su propia santificación. A mi juicio, dicha oración no solamente es irreprochable desde el punto de vista teológico, sino que

constituye un verdadero tesoro doctrinal que puede ponerse, sin la menor duda, al lado de la sublime «Elevación a la Trinidad» de la famosa carmelita de Dijón.

Su lectura produjo en mi alma una gran impresión. Y comprendí sin esfuerzo que su difusión causaría un gran bien, sobre todo a las almas contemplativas que tratan de glorificar a Dios con todas sus fuerzas a base de su propia santificación. Por eso, creyendo un cargo de conciencia mantener oculto tan preciado tesoro espiritual, me atreví a pedir permiso a la persona que la escribió para publicarla acompañada de una breve glosa o explicación teológica para hacerla más accesible a toda clase de almas que aspiran a santificarse. He sido autorizado para publicarla, a condición de no revelar el nombre del autor (o autora, que esto queda en el misterio), «ya que –dijo– en nada contribuiría a mejorarla, dada la poca personalidad y relevancia de la persona en cuestión». Accedí sin dificultad a esta humilde condición, recordando aquella sentencia tan oportuna del autor de la «Imitación de Cristo»: «No te mueva la autoridad del que escribe, si es de pequeña o grande ciencia; mas convídete a leer el amor de la pura verdad. No mires quién lo ha dicho; mas atiende qué tal es lo que se dijo»[1].

1. TOMAS DE KEMPIS: *Imitación de Cristo*, I, 5.

He aquí, pues, en primer lugar, el texto íntegro de la preciosa Elevación a la Santísima Trinidad, para que el lector pueda contemplar en su conjunto el magnífico panorama a vista de pájaro. Luego vendrá nuestro comentario teológico, palabra por palabra.

«**¡Oh, Dios mío Trinidad Beatísima! sacad de mi pobre ser el máximo rendimiento para vuestra gloria y haced de mí lo que queráis en el tiempo y en la eternidad. Que ya no os ponga jamás el menor obstáculo voluntario a vuestra acción transformadora. Que la gracia alcance en mí el grado de desarrollo que me tenéis asignado desde toda la eternidad** con vuestra primera intención **y "según la medida de la donación de Cristo"» (Ef. 4,7).**

Segundo por segundo, con intención siempre actual, **quisiera ofreceros todo cuanto soy y tengo; y que mi pobre vida fuera** en unión íntima con el Verbo Encarnado **un sacrificio incesante de alabanza de gloria de la Trinidad Beatísima. Y quisiera haberlo hecho así desde el primer instante de mi concepción y seguir haciéndolo hasta la consumación de los siglos, cada vez con más intensidad y perfección.**

¡Oh, Dios mío, cómo quisiera glorificaros! ¡Oh, si a cambio de mi completa inmolación, o de cualquier otra condición, estuviera en mi mano incendiar el corazón de todas vuestras

criaturas y la Creación entera en las llamas de vuestro amor, qué de corazón quisiera hacerlo! Que al menos mi pobre corazón os pertenezca por entero, que nada me reserve para mí ni para las criaturas, ni un solo de sus latidos. Que ame inmensamente a todas vuestras criaturas, pero únicamente con Vos, por Vos y para Vos.

¡Oh, Dios mío! Os amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Más que a mi pobre vida, más que a mi pobre alma, más que a mi propia salvación, que os pido humildemente subordinándola a vuestra mayor gloria. Pero quisiera amaros con el amor de los más abrasados serafines, con el de todos los ángeles y bienaventurados del cielo, almas del purgatorio y justos de la tierra. Quisiera amaros con el corazón de todas vuestras criaturas, incluyendo a las que no os han amado, no os aman y no os amarán y a los mismos demonios y condenados del infierno. Quisiera, sobre todo, amaros con el corazón de San José, con el Corazón Inmaculado de María, con el Corazón adorable de Jesús. Quisiera finalmente, hundirme en ese Océano infinito, en ese Abismo de fuego que consume al Padre y al Hijo en la unidad del Espíritu Santo y amaros con vuestro mismo infinito amor. Y quisiera que todas vuestras criaturas pasadas, presentes y futuras os hubiésemos amado y os amaran

así desde el primer instante de su ser y seguir haciéndolo hasta la consumación de los siglos y por toda la eternidad.

Quiero, Dios mío, poner mi alegría en vuestra alegría, mi felicidad en vuestra felicidad, mi gloria en vuestra gloria. Que el pensamiento de que Vos, Dios mío, sois infinitamente feliz y no dejaréis de serlo jamás ocurra lo que ocurra, sea ya la fuente única, el manantial inagotable de mis alegrías y toda mi felicidad.

¡Padre Eterno, Principio y Fin de todas las cosas! Por el Corazón Inmaculado de María os ofrezco a Jesús, vuestro Verbo Encarnado, y por El, con El y en El, quiero repetiros sin cesar este grito arrancado de lo más hondo de mi alma: «Padre, glorificad continuamente a vuestro Hijo, para que vuestro Hijo os glorifique en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos» (Jn. 17,1).

¡Oh, Jesús, que habéis dicho: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo» (Mt. 11,27): «¡Mostradnos al Padre y esto nos basta!» (Jn. 14,8).

Y Vos, ¡oh, Espíritu de Amor!, «enseñadnos todas las cosas» (Jn. 14,26) y formad con María en nosotros a Jesús (Gál. 4,19), hasta que seamos «consumados en la unidad» (Jn. 17,23) en el «seno del Padre» (Jn. 1,18). Amén.

COMENTARIO

«¡Oh Dios mío, Trinidad Beatísima!»

Con este primer saludo el alma se dirige directamente al Dios Uno y Trino que se nos ha manifestado en la divina Revelación, trascendiendo infinitamente las luces de la simple razón natural que jamás hubiera podido sospechar la existencia del gran misterio trinitario. En estas palabras se advierte claramente la influencia de sor Isabel de la Trinidad, que comienza su sublime «Elevación» casi con las mismas palabras, aunque suprimiendo la expresión *Beatísima* para sumergirse enseguida en la adoración: *«¡Oh Dios mío, Trinidad que adoro»*. En realidad son fórmulas equivalentes, que presagian desde el primer momento el clima estrictamente sobrenatural que inspira ambas «Elevaciones».

«Sacad de mi pobre ser el máximo rendimiento para vuestra gloria y haced de mí lo que queráis en el tiempo y en la eternidad»

Estas dos primeras peticiones resumen y

compendian el conjunto total de la magnífica oración. Todo lo que vendrá después no será sino una ampliación y desarrollo de las mismas. Estudiémoslas por separado.

«Sacad de mi pobre ser el máximo rendimiento para vuestra gloria»

La divina Revelación nos enseña[2] y la teología nos explica razonablemente[3] que Dios ha creado todo cuanto existe para su propia gloria, manifestando sus infinitas perfecciones a las criaturas capaces de reconocerla y adorarla. Infinitamente feliz en sí mismo, nada absolutamente necesita de las criaturas, que no pueden añadir ni quitar nada a su propia infinita felicidad. Pero «Dios es Amor» (1 Jn. 4,16) y el amor es, de suyo, *comunicativo;* y Dios es el Bien –el Bien infinito– y el bien tiende, de suyo, a expansionarse: *«bonum est diffusivum sui»*, dicen los filósofos. Y ésta es la razón suprema, el único porqué de la Creación universal. Dios quiere obtener de las criaturas su propia gloria *extrínseca*[4], pero quiere obtenerla

2. Cf. Jn. 1,3; Rom. 11,35; Heb. 2,10; Apoc. 1,8; 4,11; 21,6; 22,13; etcétera.

3. *Suma Teológica*, I, 44,4.

4. La gloria *intrínseca* es la que se produce en las relaciones inefables de las tres divinas Personas entre sí, con absoluta inde-

haciendo felices a sus criaturas, comunicándoles sus infinitas perfecciones en la medida y grado en que sean capaces de recibirlas. En su infinita sabiduría, Dios ha sabido organizar de tal manera las cosas, que las criaturas encuentran su propia felicidad glorificando a Dios, y Dios obtiene su gloria extrínseca haciendo felices a sus criaturas. La glorificación de Dios por las criaturas es, en definitiva, la razón última y suprema de toda la Creación universal.

Por eso la espléndida oración que estamos comentando pide a Dios, ante todo y sobre todo, que «saque de nuestro pobre ser el máximo rendimiento para su gloria», que es lo verdaderamente básico y fundamental de toda la vida humana y, sobre todo, de toda vida cristiana en su marcha hacia la santidad. Y no se conforma con glorificar a Dios de cualquier manera o en un grado mediocre o imperfecto, sino que quiere glorificarle hasta «el máximo

pendencia de las criaturas. Bellísimamente expresa Santo Tomás de qué manera con su gloria intrínseca y extrínseca se reúnen en Dios, en grado infinito, todas las felicidades posibles: «Por lo que se refiere a la felicidad *contemplativa*, tiene la contemplación continua y certísima de sí mismo y de todas las otras cosas, y en cuanto a la *activa* tiene el gobierno de todo el universo. De la felicidad terrena, por *deleite* tiene el goce de sí mismo y de todas las otras cosas; por *riqueza*, la omnímoda abundancia que la riqueza promete; por *poderío*, la omnipotencia; por *dignidad*, el gobierno de todos los seres, y por *fama*, la admiración de todas las criaturas» (I. 26,4).

rendimiento posible», según la medida de su propia predestinación, como explicará en seguida.

«¡La gloria de Dios!» He aquí el alfa y la omega –como hemos escrito en otra parte[5]–, el principio y el fin de toda la Creación. La misma encarnación del Verbo y la redención del género humano no tienen otra finalidad última que la gloria de Dios: «Cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a El todo se lo sometió, para que Dios sea *todo en todas las cosas»* (1 Cor, 15,28). Por eso nos exhorta el Apóstol a no dar un solo paso que no esté encaminado a la gloria de Dios: «Ya comáis, ya bebáis o ya hagáis alguna cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor, 10,31); ya que, en definitiva, no hemos sido predestinados en Cristo más que para convertirnos en una perpetua *alabanza de gloria* de la Trinidad Beatísima (Ef. 1,5,12 y 14). Todo, absolutamente todo, tiene que subordinarse a esta suprema finalidad. El alma misma ha de procurar su salvación o santificación principalmente en cuanto que con ellas glorificará más y más a Dios. La propia salvación o santificación no puede convertirse ja-

5. Cf. *Teología de la perfección cristiana*. 5.ª ed. BAC (Madrid 1968), n. 36, pág. 49.

más en el fin último. Hay que trabajar sin descanso en su consecución, pero principalmente porque Dios lo quiere, porque ha querido glorificarse haciéndonos felices con nuestra salvación o santificación. En la práctica, nada debe preocupar tanto a un alma que aspire de veras a santificarse como el constante olvido de sí misma y la constante rectificación de su intención a la mayor gloria de Dios. «En el cielo de mi alma –decía sor Isabel de la Trinidad–, la gloria del Eterno, nada más que la gloria del Eterno»[6]: he aquí la consigna suprema de toda la vida cristiana. En la cumbre más elevada de la montaña del amor la esculpió San Juan de la Cruz con caracteres de oro: «Sólo mora en este Monte la honra y gloria de Dios».

«Y haced de mí lo que queráis en el tiempo y en la eternidad»

Para lograr el supremo objetivo de glorificar a Dios «hasta el máximo rendimiento», el alma está dispuesta a aceptar todo cuanto Dios disponga de ella en el tiempo y en la eternidad. Es la entrega total al beneplácito divino, la perfecta identificación con la voluntad divina, que consiste en una amorosa, entera y entraña-

6. SOR ISABEL DE LA TRINIDAD, retiro de *Laudem gloriae*, día 7.

ble unión y concordia de nuestra voluntad con la voluntad de Dios en todo cuanto se digne disponer o permitir con relación a nosotros en el tiempo y en la eternidad. Cuando es perfecta se la conoce más bien con el nombre de *santo abandono* en la voluntad de Dios. En sus primeras manifestaciones imperfectas se la suele designar con el nombre de simple *resignación cristiana.*

No hay en toda la Sagrada Escritura verdad tan insistentemente recordada como la necesidad de conformar nuestra voluntad con la voluntad adorable de Dios, que todo lo dispone o permite para nuestro mayor bien, aun las cosas que humanamente nos resulten más dolorosas o adversas. En la sublime oración que nos enseñó el mismo Cristo, pedimos a Dios «que se haga su voluntad en la tierra como se hace en el cielo». Y como Cristo enseñaba lo que practicaba y practicaba lo que enseñaba (cf. Act. 1,1), toda su vida sobre la tierra consistió en cumplir la voluntad de su Padre celestial. «Al entrar en el mundo dije: He aquí que vengo para hacer, Dios mío, tu voluntad» (Hebr. 10,5-7). Durante su vida manifiesta continuamente que está pendiente de la voluntad de su Padre celestial: «Me conviene estar en las cosas de mi Padre» (Lc. 2,49); ««Yo hago siempre lo que le agrada» (Jn. 8,29); «Esta es mi comida y mi bebida» (Jn. 4,34);

«Este es el mandato que he recibido de mi Padre» (Jn. 10,18); «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc. 22,42). A imitación de Cristo, ésta fue toda la vida de María: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38) y la de todos los santos sin excepción: «Mira y obra conforme al ejemplar» (Ex. 25,40).

Como dice muy bien Lehodey, la conformidad perfecta o *santo abandono* a la voluntad de Dios tiene por fundamento teológico la gran virtud de la caridad:

«No se trata aquí ya de la *conformidad* con la voluntad divina, como lo es la simple *resignación*, sino de la *entrega amorosa, confiada y filial*, de la pérdida completa de nuestra voluntad en la de Dios, pues propio es del amor unir así estrechamente las voluntades. Este grado de conformidad es también un ejercicio muy elevado del *puro amor*, y no puede hallarse de ordinario sino en las almas avanzadas, que viven principalmente de ese puro amor».[7]

El P. Garrigou-Lagrange señala muy bien los principios teológicos en que puede apoyarse esta omnímoda conformidad y santo aban-

7. LEDOHEY, *El santo abandono*, p. 2.ª, pról.

dono en la voluntad de Dios. Son los siguientes[8]:

1.º Nada sucede que desde toda la eternidad no lo haya Dios previsto y querido o por lo menos permitido.

2.º Dios no puede querer ni permitir cosa alguna que no esté conforme con el fin que se propuso al crear, es decir, con la manifestación de su bondad y de sus infinitas perfecciones y con la gloria del Verbo Encarnado, Jesucristo, su Hijo unigénito (1 Cor. 3,23).

3.º Sabemos que «todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios, de aquellos que según sus designios han sido llamados» (Rom. 8,28) y perseveran en su amor.

4.º Sin embargo, el abandono a la voluntad de Dios a nadie exime de esforzarse en cumplir la voluntad de Dios *significada* en los mandamientos, consejos y sucesos, abandonándose en todo lo demás a la voluntad divina de *beneplácito* por misteriosa que nos parezca, evitando toda inquietud y agitación.

En efecto. Como dice el P. Garrigou hay que conformarse, ante todo, con la *voluntad de Dios significada*, aceptando con rendida sumi-

8. GARRIGOU-LAGRANGE. *La Providencia y la confianza en Dios*, p. 2.ª, c. 7.

sión y esforzándose en practicar con entrañas de amor todo lo que Dios ha manifestado que quiere de nosotros a través de los preceptos de Dios y de la Iglesia, de los consejos evangélicos, de los votos y las reglas (si somos religiosos), de las inspiraciones de la gracia en cada momento. Y hemos de abandonarnos enteramente, con filial confianza, a los ocultos designios de su *voluntad de beneplácito,* que, de momento, nos son completamente desconocidos: nuestro porvenir, nuestra salud, nuestra paz o inquietudes, nuestros consuelos o arideces, nuestra vida corta o larga, etc., etc. Todo está en manos de la Providencia amorosa de nuestro buen Dios, que es, a la vez, nuestro Padre amantísimo. Que haga, pues, lo que quiera de nosotros «en el tiempo y en la eternidad». Eso es todo.

«Que ya no os ponga jamás el menor obstáculo voluntario a vuestra acción transformadora»

Este es, sin duda alguna, el gran escollo en el que tropiezan y naufragan la inmensa mayoría de las almas que aspiran a la perfección cristiana: los obstáculos *voluntarios* que ponen a la acción transformadora de la gracia de Dios.

En la vida de la admirable carmelita Madre Maravillas –muerta en olor de santidad en 1974– se cuenta que gozaba mucho cuando sus hijas carmelitas le cantaban unas coplillas que decían así: «Si Dios cuida de mí, ¿qué me puede faltar? –Ni un solo instante me deja de mirar. Mi vida es suya; cual diestro tejedor la va tejiendo El con infinito amor. Hilo por hilo tejiendo va; *si tú le dejas,* ¡qué bien lo hará!»[9].

¡Si tu le dejas! Ese es el gran secreto para que el Señor obre en el alma verdaderas maravillas de santidad. Pero muchas almas, muchísimas *no le dejan* por sus voluntarias resistencias.

San Juan de la Cruz expone con admirable precisión y claridad la principal razón por la que, de hecho, hay tan pocos contemplativos y escasean tanto los verdaderos santos:

«Y aquí nos conviene notar la causa porque hay tan pocos que lleguen a tan alto estado de perfección de unión a Dios. En lo cual es de saber que no es porque Dios quiera que haya pocos de estos espíritus levantados, *que antes querría que todos fuesen perfectos,* sino que halla pocos vasos que sufran tan alta y su-

9. SI TU LE DEJAS... *Vida de la Madre Maravillas de Jesús.* C. D. (Madrid, 1976), pág. 23-24).

bida obra; que como los prueba en lo menos y los halla flacos, de suerte que luego huyen de la labor, no queriendo sujetarse al menor desconsuelo y mortificación, de aquí es que, no hallándolos fuertes y fieles en aquellos pocos que les hacía merced de comenzarlo a desbastar y labrar, eche de ver que lo serán mucho más en lo mucho, y así no va ya adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra por la labor de la mortificación, para la cual era menester mayor constancia y fortaleza que ellos muestran. Y así, hay muchos que desean pasar adelante y con gran continuación piden a Dios los traiga y pase a este estado de perfección y, cuando Dios los quiere comenzar a llevar por los primeros trabajos y mortificaciones, según es necesario, no quieren pasar por ellas y hurtan el cuerpo, huyendo el camino angosto de la vida, buscando el ancho del consuelo, que es el de la perdición (Mt. 7,13-14) y así *no dan lugar a Dios* para recibir lo que le piden cuando se lo comienza a dar»[10].

«¡Si tú le dejas...!». Pero resulta que «no dan lugar a Dios...». Ese es el secreto del fracaso de tantas almas como aspiran o *creen aspirar* a la perfección cristiana. Todos los maes-

10. SAN JUAN DE LA CRUZ. *Llama de amor viva*, c. 3.º, n. 27, edición BAC (Madrid, 1964) p. 862-63.

tros de la vida espiritual están de acuerdo en proclamar que la razón más poderosa, por no decir la única, que paraliza a las almas impidiéndoles alcanzar la perfección cristiana, son los obstáculos *voluntarios* que ponen a la acción transformadora de la gracia de Dios. Dichos obstáculos son principalmente dos: la falta de mortificación y los apetitos desordenados *plenamente voluntarios,* por muy pequeños que sean. Escuchemos sobre esto la magistral exposición de San Juan de la Cruz[11]:

«Parece que ha mucho que el lector desea preguntar que si es de fuerza que, para llegar a este alto estado de perfección, ha de haber precedido mortificación total en todos los apetitos chicos y grandes, y que si bastará mortificar algunos de ellos y dejar otros, a lo menos aquellos que parecen de poco momento. Porque parece recia cosa y muy dificultosa poder llegar el alma a tanta pureza y desnudez, que no tenga voluntad y afición a ninguna cosa.

A esto respondo lo primero que, aunque es verdad que no todos los apetitos son tan perjudiciales unos como otros, ni embarazan al alma todos en igual manera, hablo de los *voluntarios;* porque los apetitos *naturales* poco o

11. SAN JUAN DE LA CRUZ. *Subida del Monte Carmelo,* 1.1.º, c. 11, ns. 1-3 (BAC) p. 385-87.

nada impiden para la unión al alma *cuando no son consentidos*, ni pasan de primeros movimientos todos aquellos en que la voluntad racional antes ni después tuvo parte. Porque quitar éstos –que es mortificarlos del todo en esta vida–es imposible, y éstos no impiden de manera que no se pueda llegar a la divina unión, aunque del todo no estén (como digo) mortificados; porque bien los puede tener el natural, y estar el alma según el espíritu racional muy libre de ellos. Porque aún acaecerá a veces que esté el alma en harta unión de oración de quietud en la voluntad, y que actualmente moren éstos en la parte sensitiva del hombre, no teniendo en ellos parte la parte superior que está en oración. Pero todos lo demás apetitos *voluntarios*, ahora de pecado venial, que son menos graves, ahora sean solamente de imperfecciones, que son los menores, todos se han de vaciar y de todos ha el alma de carecer para venir a esta unión, *por mínimos que sean*. Y la razón es porque el estado de esta divina unión consiste en tener el alma según la voluntad con tal transformación en la voluntad de Dios *de manera que no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios*, sino que en todo y por todo su movimiento sea voluntad solamente de Dios.

Que esta es la causa porque en este estado llamamos estar hecha *una voluntad de dos*, la

cual es la voluntad de Dios, y esta voluntad de Dios es también voluntad del alma. Pues si esta alma quiere alguna imperfección que no quiere Dios, no estaría hecha una voluntad de Dios, pues el alma tenía voluntad de lo que no la tenía Dios; luego claro está que, para venir el alma a unirse con Dios perfectamente por amor y voluntad, ha de carecer primero de todo apetito de voluntad por mínimo que sea, esto, es, que advertidamente y conocidamente no consienta con la voluntad en imperfección, y venga a tener poder y libertad para poderlo hacer en advirtiendo. Y digo *conocidamente,* porque sin advertirlo y conocerlo o sin ser en su mano, bien caerá en imperfecciones y pecados veniales y en los apetitos naturales que habemos dicho; porque de estos tales pecados no tan voluntarios y subrepticios está escrito que «el justo caerá siete veces al día y se levantará» (Prov. 24,16). Mas de los apetitos *voluntatios*, que son pecados veniales de advertencia, aunque sean de mínimas cosas (como he dicho) basta uno que no se venza para imperir. Digo no mortificando el tal *hábito*, porque algunos actos a veces de diferentes apetitos aun no hacen tanto cuando los hábitos están mortificados... Pero algunos *hábitos de voluntarias imperfecciones* en que nunca acaban de vencerse, éstos, no solamente impiden la divina unión, pero el ir adelante en la perfección».

Es preciso seguir leyendo este precioso capítulo once del libro primero de la «Subida del Monte Carmelo» de San Juan de la Cruz. En él expone el bellísimo símil de «una ave asida a un hilo delgado» que, por muy delgado que sea, mientras no lo rompa no podrá volar: «Verdad es que el delgado es más fácil de quebrar; pero por fácil que es, si no lo quiebra, no volará».

Por eso el autor de la oración que estamos comentando pide con mucho acierto al Señor; «Que ya no os ponga jamás el menor obstáculo *voluntario* a vuestra acción transformadora», sin lo cual, jamás podría llegar a ella. Y sigue diciendo:

«Que la gracia alcance en mí el grado de desarrollo que me tenéis asignado desde toda la eternidad con vuestra primera intención y "según la medida de la donación de Cristo"» (Ef. 4,7)

Aquí el autor de la oración plantea el magno problema de nuestra predestinación en Cristo expresándose con asombrosa precisión teológica, como no acertaría a mejorarla un gran teólogo profesional. Y es que «el Espíritu sopla donde quiere» (Jn. 3,8), y a veces «elige Dios la necedad del mundo para confundir a

los sabios... para que nadie pueda gloriarse ante Dios» (1 Cor. 1,27-29).

La divina elección y predestinación sobre cada alma en particular es un hecho dogmático que consta expresamente en la divina Revelación. San Pablo expone en sus líneas generales el plan divino en diferentes lugares de sus epístolas, principalmente en las que dirige a los Romanos y a los de Efeso. He aquí algunos textos:

«Porque a los que *de antes conoció,* a esos los *predestinó* a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a esos también llamó, y a los que llamó, a esos justificó; y a los que justificó, a esos también los glorificó» (Rom. 8,29-30).

«Por cuanto en El *nos eligió* antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante El, y nos *predestinó* en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, *conforme al beneplácito de su voluntad,* para alabanza de la gloria de su gracia» (Ef. 1,4-6).

«Cuando aún no habían nacido ni habían hecho aún bien ni mal, para que se mantuviese la libertad de la elección divina, que depende, no de la obra, sino del que llama, le fue dicho a Rebeca: El mayor servirá al menor, según lo

que está escrito: "Amé a Jacob más que a Esaú"» (Rom. 9,11-13; cf. Gén. 25,23; Mal. 1,2-3).

No cabe hablar de manera más clara e impresionante. Dios predestina a los que *elige y ama;* a uno con preferencia a otro, a Jacob con preferencia a Esaú. Y, al hacerlo así, Dios obra santísimamente, sin cometer injusticia alguna, ya que ninguna criatura tiene ningún derecho a las divinas preferencias. Si las recibe, es en forma absolutamente gratuita e indebida por parte del receptor.

Y es un hecho que entre los mismos predestinados no todos lo son al mismo grado de santidad o perfección: a unos más y a otros menos *según el beneplácito de su divina voluntad* (Ef. 1,11). Es evidente que hay un abismo entre el grado de gracia y de santidad al que fue predestinada la Santísima Virgen María y el último de los bienaventurados, con todos los innumerables grados intermedios.

Ahora bien: ¿cuál es la causa o de qué depende esta tan grande diversidad de grados entre los mismos predestinados? Nos lo ha dicho ya el propio San Pablo: *el beneplácito divino, la libre voluntad de Dios.* Para mayor abundamiento recogemos a continuación algunos otros textos de la Sagrada Escritura del todo claros e inequívocos:

«Yo hago gracia al que hago gracia, y tengo misericordia de quien tengo misericordia». (Ex. 33,19).

«No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo a vosotros» (Jn. 15,16).

«Porque ¿quién es el que a ti te hace preferible? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?» (1 Cor. 4,7).

«Pero si por gracia, ya no es por las obras, que en este caso la gracia ya no sería gracia» (Rom. 11,6).

«¿Quién fue su consejero? O ¿quién primero le dio a El, para tener derecho a retribución?» (Rom. 11,34-35).

«Pues Dios es el que obra en nosotros el querer y el obrar *según su beneplácito*» (Filp. 2,13).

Todo depende, pues, de la voluntad santísima de Dios, en la que no cabe la más pequeña veleidad o la menor injusticia. El que nosotros no sepamos explicar el gran misterio de las divinas predilecciones, no puede comprometer en nada la infinita santidad, justicia y misericordia de sus designios inescrutables.

El autor de la oración que estamos comentando no ignoraba la existencia de estos diversos grados en la predestinación a la gracia y a la gloria. Y por eso pide al Señor «que le haga

alcanzar el grado de gracia que le tenga asignado desde toda la eternidad *con su primera intención y según la medida de la donación de Cristo»*.

¿Qué significa, en primer lugar, eso de la *primera intención de Dios?* ¿Es que Dios tiene diferentes intenciones o más de una sola y eterna intención con relación a una determinada alma?

Aquí es donde aparece claramete la gran cultura teológica del autor o autora de dicha oración. Porque, efectivamente, aunque la voluntad de Dios es simplicísima en sí misma y está totalmente identificada con la propia divina esencia[12], considerada en relación con la criatura y según nuestra pobre manera de concebir las cosas, la voluntad divina tiene diversos actos, por razón de los cuales establecen en ella los teólogos las siguientes principales divisiones:

1. Voluntad significada y de beneplácito.
2. Voluntad absoluta y condicionada.
3. Voluntad antecedente y consiguiente.
4. Voluntad simple y ordenada.

12. En este sentido, y hablando con todo rigor y exactitud teológica, habría que decir que Dios *no tiene* voluntad, sino que *es Voluntad infinita*, identificada con la propia esencia divina, como dice Santo Tomás (Cf. I,19, 1 ad 3).

5. Voluntad necesaria y libre.
6. Voluntad eficaz e ineficaz.

Todas estas divisiones tienen una gran importancia, sobre todo en el estudio de la divina Providencia y de la predestinación[13]. Pero aquí nos interesa destacar la división entre voluntad *antecedente* y voluntad *consiguiente*.

a) Voluntad *antecedente* es la que Dios tiene en torno a una cosa en *sí misma o absolutamente considerada*, sin tener todavía en cuenta las circunstancias que podrán rodearla (v. gr. la salvación de todos los hombres en general).

b) Voluntad *consiguiente* es la que Dios tiene en torno a una cosa *revestida ya de todas sus circunstancias particulares y concretas* (v. gr. la condenación de un pecador que muere voluntariamente impenitente).

Ahora bien: cuando el autor de la obra que estamos comentando habla de la *primera intención de Dios*, se refiere, sin la menor duda, a la que los teólogos denominan *voluntad antecedente*, o sea, a la que Dios tendría en torno a esa alma de una manera *absoluta*, o sea, an-

13. Hemos explicado todo esto en otra de nuestras obras, a la que remitimos al lector que quiera mayor información: Cf. *Dios y su obra* (BAC, Madrid, 1963) n. 159, págs. 160-62.

tes de prever el conjunto de circunstancias indeseables que quizá la rodearán a lo largo de su vida (v. gr. los obstáculos *voluntarios* a la gracia, la resistencia a las divinas inspiraciones, etc.) que dicha alma opondrá a la acción santificadora de Dios que la llevaría hasta la cumbre de la perfección. Si el alma es enteramente fiel a la gracia y secunda con toda generosidad la acción santificadora de Dios, alcanzará de hecho ese grado de santidad querido por Dios con su voluntad *antecedente* (o *primera intención*, como se dice en la oración). Pero si, de hecho, el alma no es enteramente fiel a las divinas inspiraciones y mociones de la divina gracia y pone *voluntariamente* obstáculos a la misma, entonces alcanzará únicamente el grado de gracia y de gloria previsto por Dios con su voluntad *consiguiente* (o sea, con su *segunda intención*, como diría el autor de la oración), en cuyo caso habrá de pagar en el purgatorio lo que le faltó en esta vida para alcanzar el grado de la *primera intención* de Dios, que era su plena y total santificación hasta el grado por El previsto desde toda la eternidad con su voluntad *antecedente*. Pero, por desgracia, el pago de la deuda en el purgatorio «hasta el último céntimo» (Mt. 5,26) no aumentará en lo más mínimo el grado de gracia que tenía el alma en el momento de abandonar este mundo, ni, por lo mismo, el grado de gloria que

tendrá por toda la eternidad en el cielo, limitándose el purgatorio a una labor de simple limpieza y purificación del alma, ya que nada manchado puede entrar en el cielo. Pensando en esta irreparable pérdida escribe con gran unción el insigne cardenal Mercier[14]:

«¡Qué preciosas son, pues, las pocas horas de nuestra peregrinación terrenal, por cuanto de ellas solas depende nuestra eternidad! Cada minuto puede ser utilizado por un acto de amor más ardiente que ha de ser principio de una más íntima unión con Dios y de un más vivo resplandor de la hermosura de Dios en nuestras almas. Y mis minutos son contados. En el cielo, mi caridad no podrá ya crecer, ni tampoco podrá crecer mi gloria, ni la que yo podré dar a mi Cristo y a mi Dios. ¡Oh, el precio del tiempo! ¡Oh, la irrevocable eternidad!».

«La caridad que nos seguirá a través de la muerte, ella sola dará la medida de nuestra unión con Dios en la gloria... La gracia santificante y la caridad, que es su primer efecto, son ya el cielo en substancia: la medida de la caridad proporciona la medida de la gloria. Si los escogidos difieren entre sí en gloria, como las

14. CARDENAL MERCIER: *La vida interior* (Barcelona, 1930), páginas 360-361.

estrellas del firmamento, es porque la esencia divina se une a su inteligencia en grados diversos; y este grado de unión corresponde exactamente al grado de caridad que posee el alma en el momento en que se presenta en el tribunal de Dios.»

«Y según la medida de la donación de Cristo»

No sabemos el grado de gracia y de gloria que Dios tiene asignado desde toda la eternidad a cada uno de los predestinados con su voluntad antecedente o consiguiente; pero sí sabemos con absoluta certeza, puesto que consta expresamente en la divina Revelación, que este grado depende en cada caso de la «medida de la donación de Cristo» (Ef. 4,7).

En efecto, es doctrina católica admitida por todos los teólogos que la predestinación de Cristo es la causa ejemplar, meritoria, eficiente y final de nuestra propia predestinación. Por un mismo y único acto eterno predestinó Dios tanto a Cristo-Hombre como a nosotros en El[15]. Como explica Santo Tomás: «la predestinación de Cristo es causa de la nuestra en cuanto que Dios ha ordenado desde toda la

15. Cf. III, 24,3; 24,2.

eternidad que nuestra salvación fuese llevada a cabo por Jesucristo. Y ha de notarse que no sólo es objeto de la predestinación eterna lo que ha de realizarse en el tiempo, sino también el *modo* y el *orden* en que se ha de realizar[16]. Por lo mismo, nuestra salvación, santificación y *el grado de gracia y de gloria que hemos de alcanzar* está ordenado a la gloria de Cristo y, a través de El, a la gloria de Dios, según aquellas palabras de San Pablo: «Todas las cosas son vuestras; ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas, ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, *ya lo presente, ya lo venidero,* todo es vuestro; pero vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios» (1 Cor. 3,22-23).

Hay que pedir, pues, continuamente a Dios que nos haga llegar, para su gloria, al grado de gracia y de gloria que nos tiene asignado desde toda la eternidad «según la medida de la donación de Cristo», supremo ejemplar y prototipo de todos los predestinados. Volveremos en seguida obre esto.

«Segundo por segundo, con intención siempre actual, quisiera ofreceros todo cuanto soy y tengo»

He aquí otra gran aspiración del alma ena-

16. Cf. III, 24,4.

morada de Dios que escribió la oración que estamos comentando.

Sabido es que pueden distinguirse varias clases de *intenciones* al realizar una obra cualquiera. Las principales son tres:

a) *Intención habitual.* Es la intención general, no retractada, de glorificar a Dios en todas nuestras acciones, aunque por olvido o distracción no influyan ya para nada en el acto concreto que estemos realizando. Tal es, por ejemplo, la intención general que se hace en las oraciones de la mañana al ofrecer a Dios todas las buenas obras que hemos de realizar aquel día.

b) *Intención virtual.* Es la que se puso expresamente *al comenzar alguna acción y sigue influyendo en toda ella,* a no ser que se retracte o se ponga algún acto incompatible con el primero. La intención virtual se retracta cuando la cambiamos conscientemente por otra distinta, o al realizar algún acto incompatible con la gloria de Dios, como es, por ejemplo, *cualquier pecado venial* plenamente voluntario o cometido a sabiendas de que desagrada a Dios.

c) *Intención actual.* Es la que se tiene en un determinado momento e influye directa y conscientemente en el acto mismo que estamos realizando.

Sin duda alguna, la intención más perfecta es la *actual,* y ésta es la que se pide en la ora-

ción que comentamos al ofrecer a Dios todo cuanto somos o tenemos. Pero dada la fragilidad humana y las casi inevitables distracciones *involuntarias*, en la práctica basta la intención *virtual no retractada* para que nuestras buenas obras conserven ante Dios todo su mérito sobrenatural. Por eso es convenientísimo repetir muchas veces al día la intención *actual* de hacer las cosas a la mayor gloria de Dios, para que, ya que la actualidad constante e ininterrumpida es imposible en esta vida, se convierta, al menos, en una intención *virtual no retractada* por ningún fallo voluntario.

«Y que mi pobre vida fuera, en unión íntima con tu Verbo Encarnado...»

Esta es una de las peticiones más fundamentales de la oración que estamos comentando. El mérito sobrenatural y la eficacia santificadora de nuestras buenas obras depende, ante todo y sobre todo, de la intensidad de nuestra unión con Jesucristo, Verbo de Dios Encarnado. Sin El no somos nada ni podemos *absolutamente nada* en el orden sobrenatural. Nos lo dice El mismo expresamente en el Evangelio: «Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque *sin mí no podéis hacer nada*»

(Jn. 15,5). Y el gran San Agustín apostilla: «No dice Cristo que sin El podamos hacer muy poco, sino *absolutamente nada*, ni poco ni mucho».

San Pablo no hallaba en el lenguaje humano palabras justas para expresar esta realidad inefable de la incorporación del cristiano a su divina Vid. La vida, la muerte, la resurrección del cristiano: todo ha de estar íntimamente unido a Cristo. Y, ante la imposibilidad de expresar estas realidades con las palabras humanas en uso, creó esas expresiones enteramente nuevas, desconocidas hasta él, que no debían tampoco acabarle de llenar: Hemos muerto juntamente con Cristo: *commortui* (2 Tim. 2,11), y con El hemos sido sepultados: *consepulti* (Rom. 6,4), y con El hemos resucitado: *conresuscitati* (Ef. 2,6), y hemos sido vivificados y plantados en El: *convivificavit nos in Christo* (Ef. 2,5), *et complantati* (Rom. 6,5) para que vivamos con El: *et convivemus* (2 Tim. 2,11), a fin de reinar juntamente con El eternamente: *et consedere fecit in caelestibus in Christo Iesu* (Ef. 2,6).

Con razón, pues, el insigne benedictino Dom Columba Marmión escribe en su admirable libro *Jesucristo vida del alma*[17]:

17. DOM COLUMBA MARMION. *Jesucristo vida del alma, I, 1,6.*

«Comprendamos que no seremos santos sino en la medida en que la vida de Cristo se difunda en nosotros. Esta es la única santidad que Dios nos pide; no hay otra. Seremos santos en Jesucristo, o no lo seremos de ninguna manera. La creación no encuentra en sí misma ni un solo átomo de esta santidad; deriva enteramente de Dios por un acto soberanamente libre de su omnipotente voluntad, y por eso es sobrenatural. San Pablo destaca más de una vez la gratuidad del don divino de la adopción, la eternidad del amor inefable, que le resolvió a hacérnoslo participar, y el medio admirable de su realización por la gracia de Jesucristo».

Cristo es, pues, el único Camino para ir al Padre, la única forma posible de santidad en el plan actual de la divina Providencia. Sólo por El, con El y en El podremos alcanzar la meta y el ideal intentado por Dios en la creación, redención y santificación del género humano: la alabanza de su propia gloria (Ef. 1,5-6). La Iglesia nos lo recuerda todos los días en uno de los momentos más augustos del sacrificio del altar: «Por El, con El y en El, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos». Unicamente a través de Cristo, su hijo muy amado, acepta el Padre nuestro amor y

nuestros homenajes. Por eso los grandes santos, iluminados por Dios mismo de una manera especialísima para entender el «misterio de Cristo, oculto desde los siglos en Dios» (Ef. 3,9), querían como desaparecer y dejarse absorber por El, para que Cristo viviese en ellos su propia vida. Sor Isabel de la Trinidad, una de las almas que más profundamente llegó a comprender este misterio, pide al mismo Cristo en su sublime *«Elevación a la Trinidad»* «que me revistáis de Vos mismo, que identifiquéis mi alma con todos los movimientos de vuestra alma, que me sumerjáis, que me invadáis, que *os substituyáis en mí,* para que mi vida o sea sino una irradiación de vuestra vida». Quiere ser *fascinada por El* «para que ya no pueda salir de vuestro influjo»: Y en un arranque sublime, de increíble atrevimiento y audacia, le pide al Espíritu Santo que venga a ella «para que se haga en mi alma *como una encarnación del Verbo».* Quiere convertirse para Cristo en una especie de *«humanidad sobreañadida,* en la cual renueve El todo su misterio». Quiere revestirse totalmente de Cristo, a fin de que el Padre «no vea en ella más que al Hijo muy amado, en el cual tiene puesta todas sus complacencias[18]».

18. SOR ISABEL DE LA TRINIDAD. *Elevación a la Trinidad.*

Estos mismos sentimientos de la carmelita de Dijon han constituido siempre la obsesión de todos los grandes santos y místicos experimentales. Recuérdense, entre otros mil, a Agustín de Hipona, Francisco de Asís, Domingo de Guzmán, Catalina de Siena, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Lisieux, Gema Galgani, Angela de la Cruz... Todos ellos no tenían otra ilusión y otro ideal de santidad que poder llegar a decir como San Pablo: «Ya no soy yo quien vivo, sino Cristo en mí» (Gal. 2,20); «Ya estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col. 3,3), porque «mi vida es Cristo, y la muerte mi ganancia» (Filp. 1,21).

...«un sacrificio incesante de alabanza de gloria de la Trinidad Beatísima»

La plena identificación con Jesucristo: ésa es la definición misma de la santidad cristiana, no hay otra, como acabamos de ver. Y sin embargo no constituye todavía el fin último y absoluto del pensamiento eterno de Dios. Como ya indicábamos más arriba, la misma encarnación del Verbo, la redención del género humano y nuestra propia santificación no tienen otra finalidad última y absoluta que la *gloria*

extrínseca del mismo Dios. Esta sí que es la finalidad suprema y última de todo lo creado. Dios no ha creado el universo ni ha enviado su Hijo al mundo más que *para su propia gloria.* Si hubiera obrado de otra manera, Dios no sería Dios; ya que hubiera subordinado su acción a algo distinto de Sí mismo, y como la acción de Dios se confunde y se identifica con su propia esencia divina, esa otra cosa estaría por encima de Dios, lo cual es absolutamente imposible, absurdo y contradictorio. Dios nos ha creado para que seamos en Cristo, con El y en El *una perfecta alabanza de gloria* de la Trinidad Beatísima. Cabalmente lo que se pide en la oración que estamos comentando y en el lugar exacto que le corresponde.

Ha sido el mismo Dios quien, a través del gran apóstol San Pablo, nos ha descorrido completamente el velo del plan maravilloso de nuestra predestinación en Cristo para gloria de la Trinidad Beatísima en el sublime capítulo primero de la carta a los Efesios:

«Bendito sea Dios y Padre nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto que en El nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante El, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, con-

forme al beneplácito de su voluntad, *para alabanza de la gloria de su gracia.* Por esto nos hizo gratos en su amado, en quien tenemos la redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, que superabundantemente derramó sobre nosotros en perfecta sabiduría y prudencia. Por ésta nos dio a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso realizar en Cristo en la plenitud de los tiempos, reuniendo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra en El, en quien hemos sido heredados por la predestinación, según el propósito de aquel que hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad, a fin de que cuantos esperamos en Cristo seamos *para alabanza de su gloria.* En El también vosotros, que escucháis la palabra de la verdad, el Evangelio de nuestra salud, en el que habéis creído, fuisteis sellados con el sello del Espíritu Santo prometido, prenda de nuestra herencia, rescatando la posesión que El se adquirió *para alabanza de su gloria»* (Ef. 1,3-14).

En esta admirable exposición del plan divino, el Apóstol repite por tres veces que Dios ha creado todas las cosas *para alabanza de su gloria.* El día en que sor Isabel de la Trinidad descubrió en su querido San Pablo esta suprema finalidad del plan de Dios, encontró su vo-

cación definitiva; desde aquel momento orientó toda su vida y toda su actividad a convertirse noche y día en *Laudem gloriae*, o sea, en una continua *alabanza de gloria* de la Trinidad Beatísima, lo que la elevó con gran rapidez a las más altas cumbres de la unión mística con Dios.

«La santificación de nuestra propia alma no es, pues, el último fin de la vida cristiana. Por encima de ella está la gloria de la Trinidad Beatísima, fin absoluto de todo cuanto existe. Y esta verdad, con ser tan elemental para los que comprendan la trascendencia divina, no aparece, sin embargo, dominando en la vida de los santos sino muy tarde, cuando ya su alma se ha consumado por el amor en la unidad de Dios. Sólo en la cumbres de la unión transformante, identificados plenamente con Dios, su pensamiento y quereres se identifican también con el pensamiento y el querer de Dios. Solamente Cristo y María, desde el instante primero de su existencia, han realizado con perfección este programa de glorificación divina, que es el término donde viene a desembocar todo el proceso de santificación acá en la tierra»[19].

En la práctica, nada debe preocupar tanto a

19. P. PHILIPON. O. P. *La doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad*, c. 4.

un alma que aspire a santificarse como el constante olvido de sí misma y la plena rectificación de su intención a la mayor gloria de Dios. «En el cielo de mi alma –decía sor Isabel de la Trinidad–, la gloria del Eterno, nada más que la gloria del Eterno»[20]: he aquí la consigna suprema de toda la vida cristiana. En la cumbre más elevada de la montaña del amor la esculpió San Juan de la Cruz con caracteres de oro: «Sólo mora en este Monte la honra y gloria de Dios».

«Y quisiera haberlo hecho así desde el primer instante de mi concepción...»

Ya hemos dicho que sólo la Virgen María –aparte, naturalmente, del propio Cristo– realizó este supremo ideal de ser una perfectísima *alabanza de gloria de la Trinidad* desde el instante mismo de su concepción inmaculada, ya que solamente ella fue concebida en gracia sin la menor sombra de pecado. Pero ya que este ideal no es posible para el alma concebida en pecado original, quisiera, al menos, *pasar como una esponja empapada en la sangre de Cristo* a todo lo largo de su vida pecadora, para borrar de ella toda huella de pecado y

20. SOR ISABEL DE LA TRINIDAD, retiro de *«Laudem gloriae»*, día 7.

convertirla en «santa e inmaculada» (Ef. 1,4) al menos *a posteriori*, por la caridad perfecta y el puro amor de Dios.

La caridad perfecta y el puro amor de Dios puede –en efecto– llegar a purificar el alma de manera tan perfecta y en tan elevado grado que su vida terrena empalme *inmediatamente* con la visión beatífica en el momento mismo de la muerte. Aunque sólo los grandes santos logran conseguir esta suprema dicha. San Juan de la Cruz describe en la *Subida al Monte Carmelo*, diez grados de amor de Dios siguiendo a San Bernardo y a Santo Tomás; y solamente de los que han logrado escalar el *noveno grado* de esta escala de amor, escribe el sublime místico carmelitano:

«El décimo y último grado de esta escala secreta de amor *hace al alma asimilarse totalmente a Dios*, por razón de la clara visión de Dios que luego posee *inmediatamente el alma, que, habiendo llegado en esta vida al nono grado*, sale de la carne; porque éstos (pocos que son), por cuanto ya por el amor están purgadísimos, no entran en el purgatorio»[21].

Todos los que no alcancemos a llegar al

21. SAN JUAN DE LA CRUZ. *Noche oscura*, lib. 2, c. 20, n. 5.

noveno grado de amor, tendremos, pues, que pasar por el purgatorio, según San Juan de la Cruz. Pero, como ya hemos explicado más arriba, la purificación ultraterrena en el purgatorio no aumentará en lo más mínimo el grado de gracia que el alma tenía en el momento de abandonar este mundo, ni, por lo mismo, el grado de gloria que tendrá por toda la eternidad en el cielo. De ahí la importancia soberana de aprovechar hasta el máximo las pocas horas de nuestra peregrinación en esta pobre vida para crecer en caridad y puro amor de Dios, antes de que la muerte paralice en absoluto nuevas ascensiones en la escala del amor. Y en este sentido podría decirse que esta vida es más importante que la otra, pues la otra depende de ésta y no al revés.

«... y seguir haciéndolo hasta la consumación de los siglos, cada vez con más intensidad y perfección».

Es una simple consecuencia de todo cuanto llevamos dicho. El alma se da perfecta cuenta de que si quiere ascender, grado por grado, hasta el supremo de la plena y absoluta purificación antes de morir, ha de seguir practicando el *puro amor de Dios* en forma cada vez más intensa y perfecta. Volveremos más am-

pliamente sobre esto al comentar otro párrafo de esta admirable oración.

«¡Oh, Dios mío, cómo quisiera glorificaros! ¡Oh, si a cambio de mi completa inmolación o de cualquier otra condición, estuviera en mi mano incendiar el corazón de todas vuestras criaturas y la Creación entera en las llamas de vuestro amor, qué de corazón quisiera hacerlo!»

El alma sigue exponiendo sus grandes deseos de glorificar a Dios con la máxima intensidad posible y por todos los medios a su alcance. Y en completo olvido de sí misma y pensando únicamente en contagiar a todas las criaturas el hambre y sed devoradora de glorificar a Dios que la consume, pide al mismo Dios «a cambio de la completa inmolación de sí misma o de cualquier otra condición, incendiar el corazón de todas las criaturas y la Creación entera en las llamas del divino amor».

¡Qué lejos está el alma de pensar únicamente en su propia santificación, en completo olvido de la de todos los demás, como hacen tantas almas imperfectas, dominadas –acaso inconscientemente– por su propio egoísmo individual! El verdadero amor de Dios, cuando se apodera intensamente de un alma generosa y entregada a la divina contemplación, su mis-

ma vocación contemplativa la empuja a comunicar a los demás el «tesoro escondido» que ha logrado encontrar. Nada más lejos del egoísmo individual que la verdadera y auténtica vida contemplativa.

Cuanto más alta y perfecta sea su oración contemplativa, más fuertemente se siente impulsada el alma hacia el apostolado, al menos el único que está perfectamente al alcance de su mano, que es la *propia inmolación y el sufrimiento corredentor.*

Toda alma verdaderamente contemplativa, abrasada en el amor a Dios, siente profundamente lo que sentía Santa Teresita de Lisieux –monja contemplativa y, a la vez, Patrona universal de las Misiones– cuando escribía con caracteres de fuego:

«¡Ah! A pesar de mi pequeñez, yo quisiera dar luz a las almas, como los profetas y los doctores. Tengo vocación de apóstol. Quisiera recorrer la tierra entera predicando tu nombre, y plantar sobre el suelo infiel tu gloriosa Cruz. Pero una sola misión no me bastaría. Desearía anunciar a un mismo tiempo el Evangelio en las cinco partes del mundo, y hasta en las más remotas islas. *Quisiera ser misionera* no sólo durante algunos años; sino haberlo sido desde

la creación del mundo y continuar siéndolo hasta el fin de los siglos»[22].

Estas ansias incontenibles de *hacer amar al Amor* quedaron plenamente saciadas en Santa Teresa de Lisieux cuando descubrió que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, puesto que es eterno y abarca todos los tiempos y lugares:

«Entonces, en un transporte de alegría delirante, exclamé: ¡Oh, Jesús, mi amor! Por fin he encontrado mi vocación; mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi lugar en la Iglesia. Dios mío, vos mismo me lo habéis señalado: en el corazón de la Iglesia, mi madre, *seré el amor*. Así lo seré *todo*, y mi sueño se verá realizado»[23].

Abundando en estos mismos sentimientos, la oración que comentamos –en la que se nota claramente la influencia de los grandes místicos carmelitas, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Santa Teresita, sor Isabel de la Trinidad, etc.– continúa diciendo:

22. SANTA TERESITA DE LISIEUX. *Historia de un alma*, c. 11. Puede verse en *Obras completas de Santa Teresita* (Burgos, 1964), página 276.
23. O. c. pág. 279.

«Que al menos mi pobre corazón o pertenezca por entero, que nada me reserve para mí ni para las criaturas, ni uno solo de sus latidos».

El alma quiere ofrecer a Dios la totalidad exhaustiva de su amor, sin reservarse nada para sí (en el sentido *egoísta* de la expresión, no en el de la *caridad sobrenatural* para consigo misma, que es obligatoria), ni para las criaturas (en el sentido de *apego desordenado* hacia ellas, no de la *caridad sobrenatural)*, como explicará en seguida.

«Que ame inmensamente a todos mis hermanos...»

No podía faltar esta petición que constituye, nada menos, que «el segundo mandamiento de la ley de Dios semejante al primero» (Mt. 22,36-40) y, sobre todo, el gran *mandamiento del amor,* promulgado por el propio Cristo en la noche inolvidable del Jueves Santo (Jn. 13,34-35 y 15,12).

Pero es preciso entender el verdadero sentido y alcance del amor al prójimo, para no rebajarlo a un amor puramente *filantrópico,* de simple simpatía *natural,* que nada tiene que ver con el verdadero amor de *caridad sobrena-*

tural, procedente de la divina gracia, que es el que se nos inculca y ordena en las páginas inspiradas de la Sagrada Escritura. Por eso vamos a exponer este punto con alguna extensión, extremando el rigor y la exactitud teológica[24].

a) EL AMOR NATURAL AL PRÓJIMO. El amor de *caridad* que debemos a nuestro prójimo es estrictamente *sobrenatural* y presupone necesariamente la gracia de Dios, sin la cual sería imposible. Pero esto no es obstáculo para que se le pueda y deba amar también con un amor puramente *natural* que tenga sus raíces y proceda originariamente de la simple naturaleza humana. No olvidemos que la gracia no destruye la naturaleza, sino que viene a perfeccionarla y elevarla a un plano superior.

«Es natural a todos los hombres –escribe Santo Tomás– el amarse mutuamente, como lo demuestra el hecho de que un hombre, por cierto instinto natural, socorre a otro, incluso desconocido, en caso de necesidad; por ejemplo, apartándolo de un camino equivocado, ayudándole a levantarse si se ha caído, etc., como si todo hombre fuera naturalmente para su semejante un familiar y amigo»[25].

24. Cf. nuestra *Teología de la caridad*, 2.ª ed. BAC (Madrid, 1963), n. 286 ss., donde hemos explicado largamente todo esto.
25. SANTO TOMAS DE AQUINO. *Contra gentes*, 3, 117.

Por desgracia, un sector amplísimo de la humanidad –la inmensa mayoría de los hombres– no pueden ejercitar hacia el prójimo otra clase de amor que el puramente natural. Privados de la fe cristiana, desprovistos muchísimos de ellos de la gracia santificante, están radicalmente incapacitados –mientras permanezcan en tan triste situación– para realizar actos sobrenaturales. Sólo cabe en ellos un amor al prójimo puramente *natural*, que tropezará en la práctica con dificultades inmensas al encontrarse los intereses del prójimo con los del propio y natural egoísmo, que apenas pueden ser superados sino a base de una profunda y entrañable caridad sobrenatural.

Esta es la razón, en última instancia, de que haya tanto odio en el mundo de hoy y de que el hombre se haya convertido en un verdadero lobo para con sus semejantes: *Homo homini lupus.* A nadie debe extrañar esta horrible situación. El mundo ha sufrido en los últimos tiempos un proceso de descristianización cada vez más profundo. La fe cristiana languidece en muchos países donde antes brilló esplendorosa, y en otros se ha extinguido totalmente. El enfriamiento y la pérdida de la fe trae consigo, como una consecuencia necesaria e inevitable, el enfriamiento o la extinción total de la caridad. Debilitado o suprimido del todo este gran vínculo de unión entre los hom-

bres, aparece en toda su fuerza el egoísmo más desenfrenado y brutal en todos los órdenes de la vida; individual, familiar y social. El derecho es substituido por la fuerza. Y la nación o naciones que tengan mayor poderío militar y cuenten con medios más terriblemente destructores serán las que se impongan sobre los demás y monopolicen el mando y la hegemonía mundial.

Es inútil buscar el remedio a estos males en el orden y plano puramente natural. Es perder el tiempo tratar de unir a los miembros de una familia desunida por cuestiones de intereses, testamentos, etcétera, a base de razonamientos puramente naturales: el egoísmo desenfrenado se reirá de todas esas razones. Es inútil organizar conferencias internacionales y reuniones «en la cumbre» –como dicen ahora con sarcástica ironía– sin invocar el nombre de Dios y completamente de espaldas al Evangelio. El orgullo, la ambición, el egoísmo más zafio y repugnante suelen presidir siempre esas reuniones, y, por lo mismo, no lograrán jamás establecer en el mundo la paz y armonía entre los hombres. Mientras no se acepte con todas sus consecuencias la doctrina del Evangelio, mientras los hombres no se amen los unos a los otros como Cristo nos amó, es inútil todo cuanto se intente para remediar los males que atormentan a la pobre humanidad de nuestros

días. Sólo Cristo tiene la solución, a base de una entrañable y universal efusión de la caridad cristiana.

b) EL AMOR SOBRENATURAL O DE CARIDAD. Es, pues, evidente que el amor al prójimo puramente *natural* no basta ni tiene suficiente fuerza para remediar los males del mundo ni, mucho menos aún, para elevarnos a la perfección cristiana, que consiste precisamente en la perfección de la caridad, que «es de otro metal» como decía Santa Teresa.

Escuchemos al Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, explicando admirablemente la verdadera razón que nos debe impulsar a amar al prójimo con amor de caridad sobrenatural:

«La caridad ama a Dios por razón de sí mimo, y por razón de El ama a todos los demás en cuanto se ordenan a Dios. De donde, en cierto sentido, *ama a Dios en todos los prójimos,* ya que al prójimo se le ama en caridad *porque en él está Dios o para que lo esté.* Es manifiesto, por consiguiente, que *con el mismo hábito de caridad* amamos a Dios y al prójimo. Pero, si amáramos al prójimo *por razón de sí mismo y no por razón de Dios,* pertenecería esto a otra clase de amor; por ejemplo, al amor natural o político, pero no al amor de caridad sobrenatural»[26].

26. SANTO TOMAS. *Quaest. disp. de caritate,* a. 4.

Por eso el amor *sobrenatural* al prójimo tiene rango y categoría de *virtud teologal*, exactamente igual que el amor al mismo Dios, puesto que ambos amores proceden de un mismo *hábito sobrenatural*, la virtud *teologal de la caridad*, que es *una sola virtud* en especie átoma, en su triple manifestación de amor a Dios, a nosotros mismos y al prójimo por Dios. Escuchemos de nuevo a Santo Tomás:

«La razón del amor al prójimo es Dios, pues lo que debemos amar en el prójimo es que esté en Dios. Por lo cual es manifiesto que el acto con que se ama a Dios *es el mismo específicamente* que el acto con que se ama al prójimo; y, por eso, el hábito de la caridad no sólo abarca el amor de Dios sino también el del prójimo»[27].

¡La razón del amor al prójimo *es Dios!* O amamos al prójimo *por Dios*, o nos hemos salido del ámbito de la caridad sobrenatural. Cuando perdemos este punto de vista para fijarnos en otro cualquiera, aunque sea noble y legítimo (por ejemplo, la solidaridad humana, los vínculos familiares, la compasión por las miserias del prójimo, etc.), nos hemos salido

27. II-II, 25, 1. Cf. 23, 5 c. y ad. 1.

automáticamente del campo o zona de la caridad para dar en la simpatía natural, filantropía o cualquier otro sentimiento puramente natural, que no tiene de suyo, ningún valor en el orden sobrenatural ni, por lo mismo, ningún valor santificante en orden a la perfección cristiana.

¿Quiere esto decir que para que nuestro amor al prójimo tenga verdadera razón de caridad hemos de ver en él a Dios o al mismo Cristo de una manera reflexiva, consciente y *actual*? Evidentemente que esto sería lo mejor, pero no siempre es posible a la flaqueza humana. Para responder de una manera precisa y exacta a esa pregunta hay que hacer las siguientes distinciones:

1.ª Los que tienen el alma muerta por el pecado mortal están –como hemos dicho– radicalmente incapacitados para cualquier acto sobrenatural y meritorio de la vida eterna, que supone necesaria e indispensablemente la gracia de Dios. Ello quiere decir que, «aunque repartan entre los pobres toda su hacienda y entreguen su cuerpo a las llamas, *no teniendo caridad*, nada les aprovecha delante de Dios» (1 Cor. 13,3). Es imposible ir más lejos en el servicio del prójimo que repartir toda la hacienda y dar la vida por él; y, sin embargo, está en pie la afirmación rotunda de San Pablo inspirada por el Espíritu Santo: «*No teniendo caridad*,

de nada le aprovecha ante Dios» en orden a la vida eterna. Porque se trata de un acto puramente *natural*, que no tiene ni puede tener repercusión alguna en el orden *sobrenatural*, por la distancia infinita que hay entre los dos órdenes: el de la naturaleza y el de la gracia. El orden de la gracia es totalmente gratuito, pura gracia de Dios, que no puede ser exigido directa ni indirectamente por ninguna actividad puramente natural o humana. Es posible, si Dios así lo quiere, que esos actos naturalmente buenos *dispongan remotamente* o sirvan de *pretexto* a la misericordia de Dios para concederle *gratuitamente* al pecador la gracia del arrepentimiento y del perdón. Pero decir que esto es una *exigencia* física o moral de aquellos actos puramente naturales, es una herejía expresamente condenada por la Iglesia contra pelagianos y semipelagianos[28].

2.ª Los que estando en gracia de Dios y, por consiguiente, incorporados a Cristo como los sarmientos a la vid (Jn. 15,5), realicen algún acto en servicio del prójimo *pero por un motivo puramente natural* (v. gr., por compasión, simpatía, parentesco, etc.) realizan de suyo un acto *natural* (ya que es precisamente el *motivo* quien especifica los actos); pero ese

28. Cf. DENZINGER. 105, 134-35, 141, 176-199.

acto puramente natural recibe cierta influencia remota e indirecta *(in obliquo* diría un teólogo), o sea, cierto resplandor lejano de la gracia y la caridad *habituales* que iluminan su alma. En estas condiciones hay *algo* de mérito sobrenatural, pero escasísimo; porque para el mérito, –como hemos explicado más arriba al hablar de las diferente *intenciones* al obrar– no basta lo simplemente *habitual*, sino que se requiere, al menos, la influencia *virtual*, como repetiremos en seguida.

3.ª Cuando se ha hecho previamente la intención de hacer aquello *por amor a Dios* y perdura la influencia *virtual no retractada a todo lo largo de aquella actividad, el acto de caridad hacia el prójimo es sobrenatural* y meritorio de vida eterna, aunque en el momento de realizarlo no nos acordemos de renovar actualmente aquella primera intención de hacerlo por amor a Dios. Para el mérito sobrenatural basta la *intención virtual no retractada*, como ya explicábamos en su lugar correspondiente.

4.ª Si en el momento mismo de realizar el acto de caridad *actualizamos nuestra intención* de hacerlo por amor a Dios, viendo en el prójimo al mismo Cristo y prestándole nuestro servicio o ayuda con el mismo cariño con que se lo prestaríamos a El, el acto sobrenatural es *perfectísimo* y adquiere ante Dios un valor ex-

traordinario. Entonces sí que se realiza plenamente aquello del Evangelio: «A *mí* me lo hicisteis» (Mt. 25,40), y aquello otro: «El que diere de beber a uno de estos pequeños sólo un vaso de agua fresca *en razón de discípulo*, en verdad os digo que no perderá su recompensa» (Mt. 10,42). Fíjese el lector cómo recalca Jesucristo el *motivo formal* de la caridad: «en razón de discípulo», o sea, viendo a Cristo en él.

Como se ve, en la práctica, la preocupación fundamental del cristiano no debería ser otra que la de procurar que la caridad sobrenatural influyera, al menos *virtualmente*, en todo cuanto hace; y el mejor procedimiento para ello sería rectificar con la mayor frecuencia posible la intención de hacerlo todo por amor a Dios y procurar que esta disposición virtual se convirtiera en *actual* al realizar cualquier acto de caridad en servicio o provecho del prójimo.

Un alma que se preocupara en serio de hacer esto, llegaría en muy poco tiempo a la cumbre de la perfección cristiana; y sin esto no llegará jamás, por mucho que se esfuerce y estimule en todo lo demás. Por eso el autor de la oración que estamos comentando, después de pedir al Señor que le haga «amar inmensamente a todos mis hermanos», añade con admirable precisión teológica:

«...pero únicamente con Vos, por Vos y para Vos».

Después de las explicaciones que acabamos de dar, nos parece innecesario insistir en una cosa tan clara y evidente.

Y continúa la oración:

«¡Oh Dios mío! os amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas».

El alma expresa su ardiente deseo de cumplir con la máxima perfección posible el primero y más grande de todos los mandamientos de la Ley de Dios, tal como se nos transmite en la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. He aquí los principales textos:

ANTIGUO TESTAMENTO:

«Escucha Israel: Yahvé es nuestro Dios, el único Dios. Amarás a Yahvé, tu Dios, con todo su corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo

de camino, acostado y levantado» (Dt. 6,4-7).

«Ahora, pues, Israel, ¿qué es lo que de ti exige Yahvé, tu Dios, sino que temas a Yahvé, tu Dios, siguiendo por todos sus caminos, amando y sirviendo a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y guardando los mandamientos de Yahvé y sus leyes, que hoy te prescribo yo, para que seas dichoso?» (Dt. 10,12-13).

NUEVO TESTAMENTO:

«Le preguntó uno de ellos, doctor, tentándole: Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley? El le dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento» (Mt. 22,35-38).

«Se le acercó uno de los escribas que había escuchado la disputa, el cual, viendo cuán bien había respondido, le preguntó: ¿Cuál es el primero de todos los mandamientos? Jesús contestó: El primero es: Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mc. 12,28-29).

«Levantóse un doctor de la Ley para tentarle, y le dijo: Maestro, ¿qué haré para alcan-

zar la vida eterna? El le dijo: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? Le contestó diciendo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido. Haz esto y vivirás» (Lc. 10,25-28).

Estos son los principales textos, aunque hay muchos más. Puede decirse que toda la Sagrada Escritura, en su proyección pragmática, es una constante invitación al amor de Dios a causa de su soberana grandeza y de los beneficios que ha derramado sobre nosotros.

Santo Tomás dedica una cuestión entera de la *Suma Teológica* al examen del gran mandamiento del amor, dividida en ocho artículos[29]. Destacamos a continuación algunas de sus ideas más importantes:

1.ª No podía faltar un precepto –el primero y más importante de todos– relativo a la virtud de la caridad. Porque todas las demás virtudes se ordenan a la caridad como los medios al fin, ya que el fin de la vida espiritual es que el *hombre se una con Dios*, lo cual es obra de la caridad. Si, pues, hay preceptos que obligan al ejercicio de las otras virtudes, con mayor ra-

29. II-II 44,1-8.

zón debe haberlo respecto de la caridad (a. 1).

2.ª En el precepto del amor se nos manda amar a Dios *con todo el corazón* porque Dios ha de ser amado como *fin último* al que se han de referir todas nuestras acciones, sin excluir una sola (a. 4).

3.ª Doblemente acontece amar a Dios de todo corazón. *Actualmente*, de suerte que el corazón del hombre esté en todo momento transportado en Dios, y esto no es posible en este mundo, sino *únicamente en el cielo*. Y *habitualmente*, de suerte que no dé entrada a nada contrario al amor de Dios, y esto es posible en esta vida. No se opone a esto el pecado venial, pues no quita el hábito de la caridad al no dirigirse a un objeto contrario a ella; pero dificulta, sin embargo, el uso de la caridad (a. 4 ad 2). La perfección de la caridad, a que se ordenan los *consejos*, ocupa un lugar intermedio entre las dos perfecciones dichas (la actual y la habitual). De suerte que el hombre, en cuanto le es posible, prescinda de las cosas temporales aun lícitas, las cuales, al ocupar el ánimo, retardan el impulso actual del corazón hacia Dios (a. 4 ad 3).

4.ª La fórmula reiterativa de la totalidad de nuestro afecto por parte de nuestro corazón, de nuestra alma, de nuestras fuerzas etc., es para darnos a entender que han de orientarse a Dios *todas nuestras potencias interiores y exteriores:*

el entendimiento, la voluntad, el apetito sensitivo y las potencias ejecutivas exteriores. Y así se nos intima que toda nuestra voluntad o intención recaiga sobre Dios, lo cual es amarle *con todo el corazón;* que nuestro entendimiento se someta enteramente a Dios, lo cual es amarle *con toda la mente;* que la potencia apetitiva se regule según El, y esto es amarle *con toda el alma;* y que nuestra acción exterior le obedezca enteramente, y esto significa amarle *con todas las fuerzas* (a. 5).

5.ª Con el mandamiento del amor intenta Dios que el hombre *se le una por entero,* lo cual se realizará con toda perfección en el cielo, donde «Dios será todo en todos» (1 Cor. 15,28). Pero de una manera imperfecta podemos observar el precepto ya en esta vida, aunque en grados muy distintos de perfección, según nos acerquemos más o menos a aquel supremo ideal de la patria bienaventurada (a. 6).

Esto último es lo que impulsaba a los grandes santos a pedir a Dios que les sacara cuanto antes de esta pobre vida; no para gozar de la felicidad inenarrable del cielo, sino para poder cumplir *con toda perfección y de una manera siempre actual* el gran mandamiento del amor.

Un día la hermana de Santa Teresita, sor Celina, le estaba leyendo a su santa hermana un pasaje sobre la bienaventuranza eterna. Te-

resita, gravemente enferma, la interrumpió de pronto: «No es eso lo que me atrae...» ¿Pues que es? replicó Celina «–¡Oh, es el amor! *Amar, ser amada volver a la tierra para hacer amar al Amor»*[30].

La gran Santa Teresa suspiraba día y noche por el momento feliz de encontrarse con Dios en el cielo pues se moría de amor acá en la tierra: «Sácame de aquesta muerte –mi Dios, y dame la vida– no me tenga impedida en este lazo tan fuerte– Mira que muero por verte y vivir sin Ti no puedo– *que muero porque no muero»*. Y el sublime místico fontivereño, enfermo y llagado de amor, «sintiéndose ya el alma toda inflamada en la divina unión y ya su paladar todo bañado en gloria y amor» exclamaba hablando con su *Llama de amor viva:* «pues ya no eres esquiva acaba ya, si quieres; ¡rompe la tela de este dulce encuentro!». Esto mismo es lo que han sentido todos los verdaderos santos y místicos experimentales. Lo que les atrae del cielo y lo que, por lo mismo, les hace desear la muerte como un dulce sueño, es porque en la patria bienaventurada podrán amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, cumpliendo en

30. *Obras completas de Santa Teresita* (Burgos, 1964). *Novísima verba*, p. 1.132.

toda su perfección el gran mandamiento del amor, como no es posible en esta vida.

«Más que a mi pobre vida, más que a mi pobre alma, más que a mi propia salvación, que os pido humildemente, subordinándola a vuestra mayor gloria».

Como hemos explicado largamente en otra parte[31], la perfección cristiana consiste especialmente en la perfección de la caridad en su triple aspecto de amor a Dios, a nosotros mismos y al prójimo por Dios.

Ahora bien: en el desarrollo de la virtud de la caridad se distinguen tres grados fundamentales: *incipiente, proficiente y perfecto,* que son como la infancia, la adolescencia y la madurez de la vida cristiana. Escuchemos al Doctor Angélico explicando admirablemente las características fundamentales de cada uno de esos grados[32]:

«En el primer grado, la preocupación fundamental del hombre debe ser la de *apartarse*

31. *Cf. nuestra Teología de la perfección cristiana,* 5.ª ed. BAC (Madrid, 1968), ns. 147 ss.
32. II-II, 24, 9.

del pecado y resistir a sus concupiscencias, que se mueven en contra de la caridad. Y esto pertenece a los *incipientes*, en los que la caridad ha de ser alimentada y fomentada para que no se corrompa.

En el segundo grado, el hombre ha de preocuparse principalmente de *adelantar en el bien*. Y esto corresponde a los *proficientes*, que han de procurar que la caridad aumente y se fortalezca en su alma.

En el tercer grado, en fin, el hombre ha de procurar *unirse íntimamente a Dios y gozar de El*. Y esto pertenece a los perfectos que «desean morir para estar con Cristo» (Flp. 1,23). Como vemos que ocurre en el movimiento corporal, en el que lo primero es abandonar el punto de partida, lo segundo acercarse al término y lo tercero descansar en él».

El alma que desea santificarse de veras ha de aspirar con todas sus fuerzas al tercero de estos grados de caridad: *la unión íntima con Dios y su gozo fruitivo*. Y, en consecuencia, ha de esforzarse en amar a Dios «más que a su pobre vida, más que a su propia alma y *más que a su propia salvación*, a la que –sin embargo– no puede ni debe renunciar, sino que la ha de «pedir humildemente subordinándola a su mayor gloria», como dice muy oportunamente la oración que comentamos.

En efecto. Los quietistas y semiquietistas, llegaron a pensar, con su mente extraviada, que el perfecto y omnímodo abandono a la voluntad de Dios ha de llevarnos a la plena indiferencia con respecto a nuestra propia salvación e incluso a renunciar a ella si ésta fuera la voluntad de Dios.

¡De ninguna manera! Estos delirios y extravíos quietistas y semiquietistas están expresamente condenados por la Iglesia[33]. Consta en la Sagrada Escritura que «Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Tim. 2,4) y solamente *permite* que se condenen los que voluntariamente se empeñan en ello conculcando sus mandamientos y muriendo impenitentes. Renunciar a nuestra propia salvación con el pretexto de practicar con mayor perfección el abandono total en manos de Dios sería oponernos insensatamente a la voluntad misma de Dios, que quiere salvarnos, y al apetito natural de nuestra propia felicidad, que nos viene del mismo Dios a través de la naturaleza. Lo único que se debe hacer es desear y pedir nuestra propia salvación, no sólo ni principalmente porque con ella alcanzaremos nuestra felicidad eterna, sino ante todo porque Dios lo quiere, y con ella le glorificaremos con todas nuestras fuer-

33. Cf. DENZINGER, 508, 1232, 1332.

zas. El motivo de la gloria de Dios ha de ser el primero, y debe prevalecer por encima del de nuestra propia felicidad, pero sin renunciar jamás a esta última, que entra plenamente –aunque en segundo lugar– en el mismo querer y designio de Dios.

Entonces, ¿hasta dónde debe llegar nuestra indiferencia y abandono a la voluntad de Dios para poder llegar a la plena perfección de la caridad en la que consiste la santidad? Escuchemos a San Francisco de Sales explicándolo admirablemente:

«La indiferencia se ha de practicar en las cosas referentes a la *vida natural*, como la salud, la enfermedad, la hermosura, la fealdad, la flaqueza, la fuerza; en las cosas de la *vida social*, como los honores, categorías y riquezas; en los diversos estados de la *vida espiritual*, como las sequedades, consuelos, gustos y arideces; en las acciones, en los sufrimientos y, en fin, en toda clase de acontecimientos y circunstancias»[34].

En los siguientes capítulos describe maravillosamente el santo obispo de Ginebra cómo se ha de practicar esta indiferencia y omnímodo

34. SAN FRANCISCO DE SALES. *Tratado del amor de Dios*, lib. 9, c. 5.

abandono en las más difíciles circunstancias: *en las cosas del servicio de Dios*, cuando El permite el fracaso después de haber hecho de nuestra parte todo cuanto podíamos; en nuestro *adelantamiento espiritual*, cuando, a pesar de todos nuestros esfuerzos, parece que no adelantamos nada; en la *permisión de los pecados ajenos*, que hemos de odiar en sí mismos, pero adorando a la vez la divina permisión, que no los permite jamás sino para sacar mayores bienes; *en nuestras propias faltas*, que hemos de odiar y reprimir, pero aceptando a la vez la humillación que nos reportan y doliéndonos de ellas con un «arrepentimiento fuerte, sereno, constante y tranquilo, pero no inquieto, turbulento ni desalentado» etc., etc. Es preciso leer despacio esas preciosas páginas, llenas de delicadas sugerencias e ingeniosas comparaciones, que constituyen como el código fundamental que han de tener en cuenta las almas en su vida de abandono a la divina voluntad[35].

«Pero quisiera amaros con el amor de los más abrasados serafines, con el de todos los ángeles y bienaventurados del cielo, almas del purgatorio y justos de la tierra».

35. Es también muy recomendable el precioso libro de DOM VITAL LEHODEY, *El Santo abandono*, fuertemente influenciado por San Francisco de Sales a quien cita continuamente.

El alma quiere intensificar cada vez más el fuego del divino amor que la consume y abrasa; y dándose perfecta cuenta de la pequeñez y debilidad de su propio corazón, extiende su mirada a toda la Iglesia de Jesucristo en su triple estadio: triunfante, purgante y militante, uniéndose y asociándose al amor de «todos los bienaventurados del cielo, almas del purgatorio y justos de la tierra».

1. *En el cielo* –como ya dijimos al hablar de los diversos grados de predestinación– no todos los bienaventurados aman a Dios con el mismo grado de intensidad, sino con el correspondiente al grado de gracia y de caridad alcanzado en este mundo hasta el momento de la muerte. Pero todos están del todo felices y contentos, porque cada uno de ellos tiene completamente llena y colmada su propia capacidad de amar y aman a Dios «con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas». Ni es posible entre ellos la menor envidia, no solamente por la razón que acabamos de indicar –la de tener plenísimamente satisfecha su capacidad de amar– sino porque la unión y compenetración espiritual entre todos los bienaventurados es tan grande y absoluta que cada uno de ellos se alegra y goza de la felicidad de los demás bienaventurados tanto y más que de la suya propia; porque el motivo o la *razón*

formal de la virtud de la caridad en el cielo es la mismísima que la que tiene actualmente en la tierra, a saber: *la bondad infinita de Dios* participada por las criaturas[36], y, por lo mismo, amaremos en el cielo con mayor intensidad a los que están más cerca de Dios[37] –los grandes santos– que a nosotros mismos y a nuestros propios parientes. Y así, por ejemplo, nos alegraremos inmensamente que Santa Teresa goce de Dios y tenga mayor gloria que nosotros mismos, asociándonos íntimamente a su ardiente amor y con gozo y alegría de que ella nos supere con mucho a nosotros mismos; y lo mismo hay que decir de los demás santos y bienaventurados, cada uno según el grado de gloria que esté disfrutando. Y esto mismo vale también para los ángeles[38], cuyos grados de gloria son diferentísimos entre sí, teniendo en cuenta, además, que no hay dos ángeles iguales y de la misma especie, sino que cada uno de ellos es *específicamente distinto* de todos los demás, como enseña y prueba el Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino, máximo teólogo de la Iglesia[39].

36. II-II, 25, 1 y 10.
37. II-II, 26, 6-8.
38. II-II, 25, 10.
39. I, 50, 4; 75, 7; 76, 2 ad 1. Es como si en el reino animal no hubiera más que un solo ejemplar de cada especie: un solo caballo, un solo perro, un solo león, etc., sin que puedan existir entre los ángeles dos de la misma especie. Cada uno de ellos es *único* específicamente.

2. El alma se asocia también al amor con que aman a Dios las *almas del purgatorio* –que constituyen la Iglesia *purgante*–, al mismo tiempo que procura ayudarles con sus oraciones y sufragios para apresurar la hora de su liberación y entrada en la bienaventuranza eterna.

3. Y, finalmente, se asocia también a todos los *justos de la tierra* –que forman la Iglesia *militante*–, ofreciendo al Señor el inmenso amor con que le aman, sobre todo, las almas que han logrado escalar las grandes alturas de la santidad, llegando a la llamada «unión transformativa o matrimonio espiritual» tan maravillosamente descritos por San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

Parece que con todo esto debería ya el alma darse por satisfecha, pero no es así. Extendiendo su mirada al Universo entero, quiere amar a Dios con el corazón y el amor de *todas las criaturas visibles e invisibles*, incluyendo a las que nunca han amado a Dios, no le aman actualmente o no le amarán jamás hasta el fin de los siglos. Y va más lejos todavía: extiende su mirada incluso a los que, no sólo no aman ni amarán jamás a Dios, sino que le odian y le odiarán eternamente –los demonios y condenados del infierno–, y quisiera amar a Dios incluso con el corazón de esos desdichados, cambiando su odio en amor y sus blasfemias en

«alabanzas de gloria» de la Trinidad Beatísima, como hacen los bienaventurados en el cielo.

En fin: el alma vuelve una vez más su mirada al cielo –que es la Patria bienaventurada por la que suspira día y noche– y se asocia íntimamente al amor incomparable con que aman a Dios los tres sagrados personajes de la Sagrada Familia de Nazaret: Jesús, María y José.

a) Procediendo en escala ascensional de menor a mayor, quisiera amar a Dios con el corazón de *San José*, el dulce esposo de María y padre virginal de Jesús, el santo de la oscuridad y del silencio, el gran maestro de oración para las almas contemplativas[40], Patrono de la Iglesia Universal y de los moribundos que mueren en el Señor (¡qué muerte tan envidiable la de San José, en los brazos de Jesús y de María!); el santo que, en frase de Santa Teresa, no es especialista en socorrer en una determinada necesidad porque las socorre en todas[41].

40. «En especial personas de oración siempre le habrían de ser aficionadas, que no se cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro, y no errará el camino» (SANTA TERESA, *Vida*, c. 6, n.8).

41. «Que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso santo (San José) tengo

La devoción a San José es una de las más entrañables entre las almas contemplativas.

b) Después y muy por encima de San José, el alma pone sus ojos en su santísima esposa y dice que quisiera amar a Dios «con el Corazón Inmaculado de María».

Ninguna criatura angélica o puramente humana ha amado ni amará jamás a Dios como le amó la Virgen María desde el instante mismo de su Concepción Inmaculada. Hoy es *doctrina común* entre los mariólogos católicos que la Santísima Virgen recibió de Dios en el instante mismo de su Concepción Inmaculada mayor caudal de gracia que el que tienen en el cielo todos los ángeles y bienaventurados juntos. He aquí la explicación razonada de esa *plenitud inmensa* de la gracia inicial de María:

1.º El inmortal Pontífice Pío IX, en la bula *Ineffabilis Deus* con la que proclamó el dogma de la Inmacuada Concepción, escribe terminantemente:

experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra –que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar–, así en el cielo hace cuanto le pide» (SANTA TERESA. *Vida*, c. 6, n. 6).

«En tanto grado la amó Dios *por encima de todas las criaturas*, que en sola Ella se complació con señaladísima benevolencia. Por lo cual, tan maravillosamente la colmó de la abundancia de todos los celestiales carismas, sacada del tesoro de la divinidad, *muy por encima de todos los ángeles y santos*, que Ella, libre siempre absolutamente de toda mancha de pecado y *toda hermosa y perfecta, manifestase tal plenitud de inocencia y santidad, que no se concibe en modo alguno mayor después de Dios* y nadie puede imaginar fuera de Dios»[42].

2.º Esta plenitud de gracia que recibió María en el instante de su concepción fue tan inmensa que, como ya hemos dicho, según sentencia hoy común entre los mariólogos, la plenitud inicial de la gracia de María fue mayor que la gracia consumada de todos los ángeles y bienaventurados juntos. Lo cual no debe sorprender a nadie, porque, como explica San Lorenzo Justiniano[43], el Verbo divino amó a la Santísima Virgen María, en el instante mismo de su Concepción, más que a todos los ángeles y santos juntos; y como la gracia responde al amor de Dios y es efecto del mismo, a la Virgen se le infundió la gracia con una plenitud

42. Pío IX, bula *Ineffabilis Deus*, al comienzo.
43. Cf. *Sermón De Nativitate Virginis*.

inmensa, incomparablemente mayor que la de todos los ángeles y bienaventurados juntos.

3.º Sin embargo, la plenitud de la gracia de María, con ser tan inmensa, no era una plenitud *absoluta,* como la de Cristo, sino *relativa* y proporcionada a su dignidad de Madre de Dios. Por eso Cristo no creció ni podía crecer en gracia, y, en cambio, pudo crecer, y creció de hecho, la gracia de María. La Virgen fue creciendo continuamente en gracia con todos y cada uno de los actos de su vida terrena, hasta alcanzar al fin de ella una plenitud tan inmensa que rebasaba los cálculos de la pobre imaginación humana. Dios ensanchaba continuamente la capacidad receptora del alma de María, de suerte que estaba siempre llena de gracia y, al mismo tiempo, crecía continuamente en ella. Siempre *llena* y siempre *creciendo:* tal fue la maravilla de gracia santificante acumulada en el Corazón Inmaculado de la Madre de Dios.

c) Después de asociarse al amor con que aman a Dios el glorioso Patriarca San José y el Corazón Inmaculado de María, el alma se remonta al más alto grado de unión con Dios que puede darse en todo el orden creado –la unión *hipostática o personal*– y se asocia al amor *infinito* con que ama a Dios el Corazón adorable de Jesús.

¡El amor a Dios del Corazón de Jesús, el amor a Dios del Verbo divino hecho hombre! ¿Quién podrá asomarse a ese abismo insondable sin sentir el vértigo de lo infinito apoderándose de la pobre criatura?

Recordemos, brevísimamente, los puntos fundamentales de la teología de la gracia de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero[44].

1.º *Jesucristo poseyó la plenitud absoluta de la gracia, tanto intensiva como extensivamente.*

La plenitud se llama *absoluta* cuando la gracia alcanza el *sumo grado participable por la criatura,* de suerte que no puede ya crecer o hacerse mayor. Y se llama *relativa* cuando llena por completo la capacidad *actual* del sujeto receptor, pero de suerte que podría crecer o hacerse mayor si se ensanchara la capacidad receptora del sujeto (como ocurrió en la Virgen María).

Cristo poseyó la plenitud absoluta de la gracia no sólo *intensivamente*, en cuanto que la poseyó en el sumo grado posible, sino también *extensivamente,* en cuanto que su gracia se extiende a todos los efectos posibles que pueden derivarse de la misma (por ejemplo, la

44. Cf. nuestra obra *Jesucristo y la vida cristiana.* BAC (Madrid, 1961) donde lo explicamos ampliamente.

santificación de todo el género humano).

2.º *La plenitud absoluta de la gracia es propia y exclusiva de Jesucristo. La plenitud relativa puede ser poseída por otros.*

En este sentido se explican perfectamente las expresiones bíblicas que aluden a una *plenitud de gracia* referida a la Santísima Virgen –«Dios te salve, llena de gracia» (Lc. 1,28)–, a San Esteban –«Esteban, lleno de gracia y de virtud» (Act. 6,8)– a San Bernabé –«lleno del Espíritu Santo y de fe» (Act. 11,24)– etc. Quiere decir que tanto la Santísima Virgen como San Esteban, San Bernabé, etc., poseían la *plenitud relativa* de la gracia, o sea, toda la que necesitaban para el digno desempeño de sus funciones de Madre de Dios y Mediadora de todas las gracias, de protomártir o apóstol de Cristo, etc.

3.º *Además de la plenitud absoluta de la gracia habitual o santificante, Cristo poseyó todas las virtudes infusas en grado sumo, así como la plenitud de los dones del Espíritu Santo y todos los carismas o gracias «gratis dadas».*

La Iglesia recoge todo esto en algunas invocaciones de la Letanía del Corazón de Jesús: «Abismo de todas las virtudes, hoguera ardiente de caridad, en quien habita toda la plenitud de la divinidad, fuente de vida y santidad, de cuya plenitud todos hemos recibido», etc., etc.

Parece que es ya imposible subir más arriba en el grado de amor de Dios que llenaba con plenitud absoluta el Corazón adorable de Jesús. Y, sin embargo, la oración que estamos comentando remonta el vuelo todavía más arriba y, con increíble audacia, dice:

«Quisiera, finalmente, hundirme en ese Océano infinito, en ese Abismo de fuego que consume al Padre y al Hijo en la unidad del Espíritu Santo, y amaros con vuestro mismo infinito amor».

¡Amar a Dios con su mismo amor infinito, o sea, amarle tanto cuanto El nos ama a nosotros! Es la locura de amor, el sueño inalcanzable de los grandes santos, cuyo mayor tormento en este mundo es su radical impotencia para lograrlo, dada la distancia infinita, absolutamente insalvable, entre el Todo y la Nada, entre Dios y las criaturas.

Pero llega un momento, cuando el alma logra escalar la sublime altura de la *unión transformativa o matrimonio espiritual* en que se siente claramente que Dios *la asocia a su propio ser infinito* de tal suerte que la hace *Dios por participación,* uniéndola íntimamente a las mismas procesiones intratrinitarias por las que el Padre engendra a su Hijo y de ambos a dos

procede el Espíritu Santo. Entonces el alma comienza a amar a Dios *tanto como es amada por El,* puesto que ha sido asociada al amor infinito con que Dios se ama a Sí mismo y a todas sus criaturas. Escuchemos a San Juan de la Cruz explicando, como nadie ha sabido hacerlo, estas increíbles maravillas[45]:

«Este *aspirar del aire* es una habilidad que el alma dice que le dará Dios allí en la comunicación del Espíritu Santo, el cual, a manera de aspirar, con aquella su aspiración divina muy subidamente levanta el alma y la informa y habilita para que ella *aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo y el Hijo en el Padre, que es el mismo Espíritu Santo* que a ella la aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación, para unirla consigo; *porque no sería verdadera y total transformación si no se transformase el alma en las tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado.* Y esta tal aspiración del Espíritu Santo en el alma con que Dios la transforma en sí le es a ella de tan subido y delicado y profundo deleite, que no hay decirlo por lengua mortal, ni el entendimiento humano en cuanto tal puede alcan-

45. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual,* canción 39, n. 3.

zar algo de ello; porque aún lo que en esta transformación temporal pasa cerca de esta comunicación en el alma no se puede hablar, porque el alma, unida y transformada en Dios, *aspira en Dios a Dios la misma aspiración divina que Dios –estando ella en El transformada– aspira en sí mismo a ella.»*

Esto es lo que ocurrirá y gozará el alma habitualmente en la *visión beatífica del cielo,* como explica el propio San Juan de la Cruz en la anotación para la canción 39 a la que pertenecen las palabras que acabamos de citar. Pero *aún en esta vida* se le da al alma transformada una especie de anticipo transitorio de aquella sublime gloria que gozará en el cielo. Escuchemos de nuevo a San Juan de la Cruz en el párrafo inmediatamente siguiente al que acabamos de citar[46].

«Y en la transformación que el alma tiene *en esta vida pasa esta misma aspiración de Dios al alma y del alma a Dios con mucha frecuencia,* con subidísimo deleite de amor en el alma, aunque no en revelado y manifiesto grado como en la otra vida... Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta, que el alma aspire en Dios como Dios as-

46. Id. Id. n. 4.

pira en ella por modo participado, porque dado que Dios la haga merced de unirla a la Santísima Trinidad en que el *alma se hace deiforme y Dios por participación, ¿qué increíble cosa es que obre ella también su obra de entendimiento, noticia y amor, o, por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella como la misma Trinidad, pero por modo comunicado y participado, obrándolo Dios en la misma alma?* Porque esto es estar transformada en las tres Personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma a Dios, y para que pudiese venir a esto la crió a su imagen y semejanza» (Gén. 1,26).

Y añade San Juan de la Cruz un poco más abajo[47]:

«De donde las almas esos mismos bienes poseen *por participación* que El por naturaleza, por lo cual verdaderamente son *dioses por participación, iguales y compañeros suyos de Dios*».

«¡Oh almas criadas para estas grandezas y *para ellas llamadas!* ¿qué hacéis, en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh, miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para

47. Id. Id. ns. 6 y 7.

tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y glorias, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!».

Insistiendo en estas mismas ideas y precisando con admirable exactitud la diferencia que hay entre la transformación del alma en Dios en esta vida –por el matrimonio espiritual– y la que tendrá en el cielo mediante la visión beatífica, escribe todavía San Juan de la Cruz[48]:

«Esta *pretensión* del alma es la *igualdad de amor con Dios* que siempre ella natural y sobrenaturalmente apetece, porque el *amante no puede estar satisfecho si no siente que ama cuanto es amado;* y como el alma ve que con la transformación que tiene en Dios en esta vida, aunque es inmenso el amor, no puede llegar a igualar con la perfección de amor con que de Dios es amada, desea la clara transformación de gloria en que llegará a igualar con dicho amor, porque aunque en este alto estado que aquí tiene hay unión verdadera de voluntad, no puede llegar a los quilates y fuerza de amor que en aquella fuerte unión de gloria

48. Id. canción 38, ns. 3 y 4.

tendrá; porque así, como dice San Pablo, «conocerá el alma entonces como es conocida por Dios» (1 Cor. 13,12), así entonces le amará también como es amada de Dios; porque así como entonces su entendimiento será entendimiento de Dios, su voluntad será voluntad de Dios, y así su amor será amor de Dios. Porque aunque allí no está perdida la voluntad del alma, está tan fuertemente unida con la fortaleza de la voluntad de Dios con que de El es amada, *que le ama tan fuerte y perfectamente como de El es amada,* estando las dos voluntades unidas en una sola voluntad y un solo amor de Dios, y así ama el alma a Dios con voluntad y fuerza del mismo Dios, unida con la misma fuerza de amor con que es amada de Dios; la cual fuerza es en el Espíritu Santo, en el cual está el alma allí transformada, que, siendo El dado al alma para la fuerza de este amor, supone y suple en ella, por razón de la tal transformación de gloria, lo que falta en ella.

Lo cual, aún en la transformación perfecta de este estado matrimonial a que en esta vida el alma llega, en que toda está revertida en gracia, en alguna manera ama tanto por «el Espíritu Santo que le es dado» (Rom. 5,5) en la tal transformación...

Hasta llegar a esto no está el alma contenta, ni en la otra vida lo estaría, si como dice

Santo Tomas[49], no sintiese que *ama a Dos tanto cuanto de El es amada.* Y, como queda dicho, en este estado de matrimonio espiritual de que vamos hablando en esta sazón, aunque no haya aquella perfección de amor glorioso, hay, empero, un vivo viso e imagen de aquella perfección, que totalmente es inefable».

Tal es la inconcebible altura a que el alma puede llegar, aun en esta vida, si logra escalar –elevándola Dios– la cumbre del Monte Carmelo –la unión transformante o matrimonio espiritual– donde San Juan de la Cruz escribió aquella fórmula sublime: «Sólo mora en este Monte la honra y gloria de Dios».

El alma, deseosa de incendiar al mundo entero en estos mismos ardores, termina el párrafo de la oración que estamos comentando con estas palabras:

«Y quisiera que todas vuestras criaturas pasadas, presentes y futuras, os hubiésemos amado y os amaran así desde el primer instante de su ser y seguir haciéndolo hasta la consumación de los siglos y por toda la eternidad».

Aquí podría haber dado por terminada su

49. En el tratado *De Beatitudine*, a él atribuido.

hermosa oración. Pero viendo que la inmensa mayoría de los hombres no se preocupan de amar a Dios o le aman de una manera muy imperfecta, quiere manifestarle su complacencia en que sea infinitamente feliz en Sí mismo, independientemente de la conducta ciega e insensata de la mayor parte de la humanidad. Por eso escribe con inmenso *amor de complacencia:*

«Quiero, Dios mío, poner mi alegría en vuestra alegría, mi felicidad en vuestra felicidad, mi gloria en vuestra gloria. Que el pensamiento de que Vos, Dios mío, sois infinitamente feliz y no dejaréis de serlo jamás ocurra lo que ocurra, sea ya la fuente única, el manantial inagotable de mis alegrías y toda mi felicidad».

El alma se siente plenamente feliz sencillamente *porque Dios lo es* en grado infinito, o, mejor dicho, por encima de todos los grados imaginables –puesto que el infinito no admite grados– aunque este amor no le reportara ningún beneficio al alma que lo experimenta. Es el *puro amor* o amor *totalmente desinteresado* que, aunque no puede darse como *estado habitual* –porque no podemos ni debemos prescindir de la *esperanza* y deseo de nuestra propia felicidad, que encontraremos plenamente en

Dios poseído y gozado en el cielo[50]–, pero sí como acto transitorio y aislado, como lo han experimentado todos los santos.

Hemos de amar a Dios con todas las fuerzas y de todos los modos posibles con que se le puede amar. Y así hemos de practicar principalmente:

a) *El amor penitente,* doliéndonos con perfecta contrición de haberle ofendido en el pasado y proponiéndonos no volver jamás a disgustarle.

b) *El amor de conformidad,* cumpliendo exactamente y por amor los divinos preceptos y aceptando no sólo con resignación –que es virtud muy imperfecta– sino con alegría y gratitud todas cuantas pruebas quiera enviarnos, por duras y penosas que sean, pidiéndole su gracia para serle fieles en todo momento próspero o adverso.

c) *El amor de benevolencia,* por el que desearíamos, si posible fuera, proporcionarle a Dios algún nuevo bien y felicidad que no tenga

50. La Iglesia condenó la doctrina *quietista*, según la cual «se da un *estado habitual* de amor de Dios que es caridad pura sin mezcla alguna de propio interés. Ni el temor de las penas ni el deseo de las recompensas tienen ya parte en él. No se ama ya a Dios por el merecimiento, ni por la perfección, ni por la felicidad que ha de hallarse en amarle» (*Denzinger*, 1327). Esto no puede darse como *estado habitual* porque equivaldría a prescindir de la virtud teologal de la esperanza, que es obligatoria.

todavía. Y como esto no es posible intrínsecamente –ya que Dios es en Sí mismo el Bien absoluto e infinito al que nada se le puede añadir–, por lo menos nos esforzaremos por aumentar su *gloria extrínseca*, trabajando en la salvación y santificación de las almas y en extender su reinado de amor en todos los corazones. El celo –dice Santo Tomás– procede de la intensidad del amor (I-II, 28,4).

d) *El amor de amistad*, que se funda en el de benevolencia y añade la mutua correspondencia y comunicación de bienes (II-II, 23,1). Y sobre todo:

e) *El amor de complacencia*, que es el *puro amor* y sin mezcla alguna de interés, por el que descansamos en las infinitas perfecciones de Dios, alegrándonos y complaciéndonos en ellas porque le hacen infinitamente feliz y dichoso, sin tener para nada en cuenta –en un momento dado– las ventajas que de esa su dicha y felicidad puedan refluir sobre nosotros. Este *amor puro* no puede darse como *estado habitual* –como acabamos de indicar en nota–, porque equivaldría a prescindir habitual y permanentemente de la virtud teologal de la esperanza, que es absolutamente obligatoria y la tercera en dignidad de todas las virtudes cristianas (después de la caridad y de la fe). Pero sí puede darse como acto aislado, o sea, como olvidándonos por un momento de nuestra pro-

pia felicidad para pensar únicamente en la de Dios. Eso es lo que quiso expresar el autor del famosísimo soneto «No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido, etc.».

Este amor de *complacencia en la felicidad de Dios* es el más perfecto acto de caridad que podemos hacer en este mundo, y en realidad, el único que seguiremos practicando en el cielo por toda la eternidad. Por eso el alma manifiesta a Dios su alegría de que «sea infinitamente feliz y que no dejará de serlo *ocurra lo que ocurra*» en este pobre mundo tan apartado de Dios. Quiere que la felicidad misma de Dios sea «la fuente única, el manantial inagotable de sus alegrías y toda su felicidad». Imposible ir más lejos en el puro amor de complacencia.

Pero el alma tiene todavía muchas cosas grandes que decir. Hasta aquí ha dirigido toda su oración a Dios Uno y Trino en su conjunto, sin hacer especial mención de alguna de las tres divinas Personas en particular. Pero antes de terminar su ardiente plegaria quiere dirigirse por separado a cada una de ellas, para pedirles algo muy concreto que encaje perfectamente con lo propio y característico de cada Persona divina en cuanto distinta de las otras dos. Y comenzando por el Eterno Padre le dice:

«¡Padre Eterno, Principio y Fin de todas las cosas!»

Esta primera invocación está cargada de profundo sentido teológico, que vamos a desentrañar brevemente a continuación.

¡PADRE ETERNO! Dios es eterno, o sea, ha existido *siempre* sin que haya *comenzado jamás* a existir. Si imagináramos absurdamente un solo instante remotísimo en el que Dios no existía todavía, *jamás hubiera podido existir.* Porque, ¿quién podría *crear* a Dios que no fuera el mismo Dios, autor de todo cuanto existe? El dilema es inexorable: o Dios ha existido *siempre* –eternidad de Dios– o no ha existido nunca. Y como la misma razón natural puede demostrar *con toda certeza* la existencia de Dios[51], hay que concluir que Dios ha existido *siempre,* o sea, que Dios es eterno.

La eternidad propiamente dicha –definida admirablemente por Boecio como «la posesión total, simultánea y perfecta de una vida interminable» –es propia y exclusiva de Dios. Sólo El es eterno, o, más bien, es su propia eterni-

51. El concilio Vaticano I formuló expresamente el siguiente canon dogmático: «Si alguno dijere que Dios vivo y verdadero, Creador y Señor nuestro, no puede ser conocido con *certeza* por la luz natural de la *razón humana* por medio de ias cosas que han sido hechas, sea anatema *(Denzinger,* 1806).

dad. Las criaturas intelectuales –ángeles y hombres– participan y participarán eternamente, a su modo, de la eternidad de Dios; pero no son *eternas* en sí mismas –aunque sean inmortales– puesto que *comenzaron a existir* cuando Dios las creó.

La eternidad propiamente dicha pertenece por igual –como todos los demás atributos esenciales– a las tres divinas Personas de la Trinidad Beatísima. Pero se *atribuye* de una manera especial al Padre por razón de ser *ingénito*, o sea, por razón de su propia *innascibilidad*. El no procede de nadie, a diferencia del Hijo que es engendrado por el Padre, y a diferencia del Espíritu Santo que procede por vía de amor del Padre y del Hijo; sin que esta generación, o esta procedencia menoscabe en lo más mínimo la *eternidad* común a las tres divinas Personas. Todo es absolutamente simultáneo, como nos enseña la fe en el maravilloso símbolo «Quicumque»[52].

«Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno; de la misma manera no son tres increados ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso... En

52. Cf. *Denzinger*, n. 39. Ver el texto completo del *Quicumque* en el Apéndice, pág. 119.

esta Trinidad, nada es antes ni después, nada mayor o menor; sino que las tres Personas son entre sí coeternas e iguales entre sí; de suerte que en todo hay que venerar lo mismo la unidad en la Trinidad que la Trinidad en la unidad».

«PRINCIPIO Y FIN DE TODAS LAS COSAS»

Dios Padre es el *Principio* de todas las cosas. No en el sentido de que El sea personalmente el Creador del Universo –la Creación pertenece por igual a las tres divinas Personas, por ser una operación *ad extra*, no intratrinitaria–, sino porque respecto a las otras dos divinas Personas el Padre es como la raíz, la base de todo el misterio trinitario»[53].

Y Dios Padre, junto con el Hijo y el Espíritu Santo –y por la misma razón de tratarse de una operación *ad extra*– es el *Fin de todo cuanto existe*. Ya hemos explicado en su lugar correspondiente que Dios creó todas las cosas por Sí y para Sí, o sea, para su propia *gloria extrínseca* unida por El, con inefable amor, a la felicidad de todas sus criaturas. Dios encuentra su gloria extrínseca haciéndonos felices a nosotros, y nosotros encontramos nuestra

53. Cf. I, 33,1.

propia felicidad amando y glorificando a Dios. Es el colmo de la sabiduría y del amor de Dios Creador.

«Por el Corazón Inmaculado de María os ofrezco a Jesús, vuestro Verbo Encarnado»

Nada absolutamente podemos ofrecerle al Eterno Padre que le sea más grato que su Verbo Encarnado, su «Hijo muy amado en el que tiene puestas todas sus complacencias» (Mt. 17,5). Y no atreviéndonos a ofrecérselo por nosotros mismos –pobres y miserables pecadores– se lo ofrecemos –como sobre una limpísima patena de oro– por el Corazón Inmaculado de María, que reúne, a la vez, los tres títulos supremos con relación a las tres divinas Personas: Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Imposible imaginar nada más limpio y entrañable.

¿Y para qué le ofrecemos al Padre a su «Hijo muy amado en el que tiene puestas todas sus complacencias»? Se lo decimos en seguida en la oración que estamos comentando:

«Y por El, con El y en El...»

Llegamos aquí a uno de los enunciados más fundamentales de toda la vida cristiana, o,

mejor dicho, al más importante de todos. La Iglesia, nuestra Madre, lo usa todos los días en uno de los momentos más augustos y solemnes del santo sacrificio de la Misa: «Per ipsum, et cum ipso, et in ipso est tibi Deo Patri omnipotenti, in unitate Spiritus Sancti, omnis honor et gloria».

Como ya hemos recordado repetidas veces, la glorificación de la Trinidad Beatísima es el fin último y absoluto de la creación del mundo y de la redención y santificación del género humano.

Pero, en la economía actual de la divina Providencia y de la gracia, esa glorificación no se realiza sino *por* Jesucristo, *con* Jesucristo y *en* El. De manera que todo lo que pudiere intentar el hombre para glorificar a Dios *fuera de Cristo* estaría completamente *fuera del camino* y sería completamente inepto para lograr esa finalidad. Todo se reduce, pues, a incorporarse cada vez más a Cristo para hacerlo todo «por El, con El y en El, bajo el impulso del Espíritu Santo para gloria del Padre». Esta es toda la vida cristiana. Veámoslo cuidadosamente más despacio[54].

54. Hemos expuesto ampliamente todo esto en nuestra *Teología de la perfección cristiana*, 5.ª ed. BAC (Madrid, 1968) ns. 60-68, algunas de cuyas principales idea recogemos aqui.

«Por El...»

Cristo es el único «Camino» (Jn. 14,6). «Nadie puede ir al Padre sino por El» (ibid.), ya que «sólo El conoce al Padre y aquel a quien El quisiere revelárselo» (Mt. 11,27).

De manera que la preocupación fundamental, y casi podríamos decir la *única,* del cristiano que quiere santificarse no ha de ser otra que la de incorporarse cada vez más intensamente a Cristo para hacerlo todo *por El.* Es preciso que desaparezcamos nosotros, o, mejor dicho –para quitar a la frase todo resabio panteísta–, es preciso incorporar de tal manera a Cristo todas nuestras buenas obras, que no nos atrevamos a presentar ante el Padre una sola de ellas sino *por Cristo a través de Cristo, por medio de Cristo.* Esto complacerá al Eterno Padre y le dará una glorificación inmensa. No olvidemos que el Eterno Padre, en realidad, no tiene más que un solo amor y una sola *obsesión eterna* –si es lícito hablar así–: su Verbo. Nada le interesa fuera de El; y si nos ama infinitamente a nosotros es «porque nosotros amamos a Cristo y hemos creído que ha salido de Dios», absolutamente por nada más. Lo ha dicho *expresamente* el mismo Cristo: «El mismo Padre os ama *porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios»* (Jn. 16,27). ¡Sublime misterio, que debería conver-

tir nuestro amor a Cristo en una especie de *obsesión,* la única de nuestra vida, como constituye la única de su Padre celestial y constituyó y constituirá siempre la única de todos los grandes santos! ¿Qué otra cosa hace la Iglesia y qué nos enseña en su divina liturgia sino únicamente esto? A pesar de ser la esposa inmaculada de Cristo, en la que no hay la menor mancha ni arruga (Ef. 5,27), la santa Iglesia no se atreve a pedirle nada al Eterno Padre *en nombre propio,* sino única y exclusivamente en el de su divino Esposo: *per Dominum nostrum Iesum Christum Filium tuum...*

Por Cristo: he ahí la primera gran preocupación que debe tener el cristiano en la realización de todas sus buenas obras. Sin eso andará fuera de camino, no dará un solo paso hacia adelante, no llegará jamás a la cumbre de la santidad.

«...y con El...»

Pero hacer todas las cosas por Cristo, *a través de Cristo,* es poco todavía. Hay que hacerlas *con El* en unión íntima con El.

La divinidad de Cristo, el Verbo de Dios, está presente de manera permanente y habitual en toda alma en gracia, junto con el Padre

y el Espíritu Santo. Y el Verbo puede utilizar continuamente la *virtud instrumental* de su humanidad santísima –a la que está unido hipostáticamente– para inundarnos de vida sobrenatural. No olvidemos que Cristo, Hombre-Dios, es la fuente y manantial único de la gracia, y que la gracia de Cristo que nos santifica a nosotros no es su *gracia de unión* –que es propia y exclusiva de El–, sino su *gracia capital,* esto es, la gracia habitual, de que está llena su alma santísima, y que se desborda de El sobre nosotros como de la cabeza refluye la vida a todos los miembros de un organismo vivo[55].

De manera que no es una sublime ilusión, tan bella como irrealizable, eso de hacer todas las cosas *con Cristo:* es una realidad profundamente teológica. Mientras permanezcamos en gracia, Cristo está con nosotros, *está dentro de nosotros* –físicamente con su divinidad, virtualmente con su humanidad santísima–, y nada se opone a que lo hagamos todo *con El,* juntamente con El, íntimamente unidos a El. ¡Qué valor y precio adquieren nuestras obras ante el Eterno Padre cuando se las presentamos de esta manera *incorporados a Cristo* y en unión íntima con El! Sin esta unión no valdrían absolutamente nada: *nihil,* dice expresa-

55. Cf. III, 8, 5.

mente el mismo Cristo (Jn. 15,5). Con El, en cambio, adquieren un valor incomparable. Es la gotita de agua, que no vale nada por sí misma, pero que, arrojada al cáliz y mezclada con el vino del sacrificio eucarístico se convierte en la *sangre de Cristo,* con todo su valor redentor y santificador rigurosamente infinito. Los santos se aprovechaban sin cesar de estas inefables riquezas que el Eterno Padre ha puesto a nuestra disposición, y, a través de ellas, miraban con confiado optimismo el porvenir, sin que les asustase su pobreza. «No te llames pobre teniéndome a Mí», dijo el mismo Cristo a un alma que se lamentaba ante El de su miseria.

«... y en El...»

Sublime es todo lo que acabamos de recordar, pero hay algo mucho más alto todavía. Hacer todas las cosas *por Cristo y con El* es de un precio y valor incalculable. Pero hacerlas en *El, dentro de El, identificados con El,* lleva hasta el paroxismo esta sublimidad y grandeza. Las dos primeras modalidades (por, con) son algo extrínseco a nosotros y a nuestras obras; esta tercera nos mete *dentro de Cristo*, identificándonos, de alguna manera, con El y nuestras obras con las suyas.

Para vislumbrar un poco, siquiera sea des-

de muy lejos, este misterio inefable es preciso recordar las líneas generales de nuestra incorporación a Cristo como Cabeza del Cuerpo místico, que es la Iglesia. En virtud de esta incorporación –de la que no nos es lícito abrigar la menor duda, puesto que consta en la misma divina revelación– el cristiano *forma parte de Cristo.* El es la *Cabeza* y nosotros los *miembros* de un mismo y único cuerpo. El *Cristo total* de que habla San Agustín es *Cristo más nosotros.* El cristiano en gracia forma como una sola cosa con Jesús. Sarmiento de Cristo, vive de su misma vida, circula por sus venas la misma savia vivificadora de su divina Vid (Jn. 15,1-6). Jesucristo no está completo sin nosotros. No alcanza su plenitud de *Cristo total* si no somos uno con El. Incorporados a El, somos parte integrante de su unidad total.

«Se dice: el cristiano es *otro Cristo,* y nada más verdadero. Pero es preciso no equivocarse. *Otro* no significa aquí *diferente.* No somos otro Cristo diferente del Cristo verdadero. Estamos destinados a ser el Cristo único que existe: *hemos sido hechos Cristo,* según dice San Agustín. No hemos de hacernos una cosa distinta de El: hemos de convertirnos en El»[56].

56. P. PLUS. *Cristo en nosotros,* 5.ª ed. (Barcelona, 1943), p. 2.

Teniendo en cuenta esta divina realidad, se comprenden menos mal aquellas misteriosas expresiones de San Pablo y del Evangelio: nuestros sufrimientos «completan lo que falta a su pasión» (Col. 1,24); El es el que combate en nosotros (Col. 1,29) y el que triunfa. Cuando se nos persigue a nosotros, se le persigue a El (Act. 9,5); el menor servicio que se nos preste, lo acepta y recompensa como si se lo hubieran hecho a El mismo (Mt. 10,42 y 25, 34-36). El último y supremo anhelo de Cristo en la noche de la cena es «que seamos uno con El» (Jn. 17,21) de una manera cada vez más perfecta, hasta que lleguemos a ser «consumados en la unidad» en el seno del Padre (Jn. 17,23).

Pues si esto es así, ya se comprende que el cristiano debe realizar todas las obras que realiza como cristiano, no solamente *por Cristo y con Cristo, sino en El,* identificado con El. Ha de revestirse de tal manera de Jesucristo (Rom. 13,14) que el Eterno Padre, al mirarle, le encuentre siempre, por así decirlo, *revestido de Jesús.* Era la suprema ilusión de sor Isabel de la Trinidad: «No veáis en mí más que al Hijo muy amado, en el que tenéis puestas todas vuestras complacencias». Y para llegar a este sublime resultado le había pedido a Cristo que «la sustituyera»; y al Espíritu Santo, que realizara en su alma «como una nueva encarnación

del Verbo», a fin de convertirse para El en «una nueva humanidad sobreañadida, en la cual renueve todo su misterio»[57].

No es, pues, una aspiración ilusa y extraviada la de querer hacer todas nuestras obras *en Cristo,* identificadas con las suyas. Es, por el contrario, una divina realidad, cuya actualización, cada vez más intensa y frecuente, elevará al cristiano hasta la cumbre de la santidad; hasta sentirse de tal manera dominado y poseído por Cristo, que se vea impulsado a exclamar como San Pablo: «Mi vida es Cristo» (Flp. 1,21), porque «ya no soy yo quien vivo, sino Cristo en mí» (Gal 2,20). El cristiano ha alcanzado entonces su plenitud en Cristo (Ef. 4,13), ha llegado a su completa y total *cristificación,* está en la cumbre misma de la perfección y de la santidad.

El alma llegada a estas alturas ya no sabe qué hacer ni qué decir para glorificar a Dios y hacerle glorificar de la humanidad entera. Y dándose perfecta cuenta de su ignorancia e impotencia para arbitrar nuevos procedimientos para glorificar más y más a Dios, recurre con audacia a la sabiduría y al poder infinito de Dios para que sea El mismo quien abra nuevos

57. SOR ISABEL DE LA TRINIDAD. *Elevación a la Trinidad.*

horizontes para su mayor gloria. Y por eso completa su pensamiento de hacerlo todo *por Cristo, con El y en El* diciendo en un verdadero transporte de amor:

«Quiero repetiros sin cesar este grito arrancado de lo más hondo de mi alma: Padre, glorificad continuamente a vuestro Hijo, para que vuestro Hijo os glorifique en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos» (cf. Jn. 17,1).

Creemos que con este «grito arrancado de lo más hondo de su alma» alcanza la oración que estamos comentando su *punto culminante* y la *máxima expresión* de todas sus ansias y deseos. Es forzoso que nos detengamos un poco para desentrañar, en lo posible, su profundísima significación.

El alma se inspira directamente en las palabras que el mismo Cristo pronunció al comenzar su incomparable «oración sacerdotal» en la noche de la Cena: *«Padre, llegó la hora: glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti»* (Jn. 17,1).

Según los mejores teólogos y exégetas católicos, con esas palabras Cristo pedía a su Padre la glorificación de su Humanidad santísima después de su resurrección con aquella gloria

que, como Verbo eterno, tuvo cerca del Padre antes de que el mundo existiese. He aquí el pasaje evangélico con todo su inmediato contexto:

«Esto dijo Jesús, y levantando sus ojos al cielo, añadió: Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Ya que le has dado poder sobre toda carne, que dé también vida eterna a todos los que tú le has dado. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes de que existiese el mundo» (Jn. 17,1,5).

He aquí el comentario de la exégesis católica[58]:

«El motivo de dirigir esta oración es que llegó "la hora". Varias veces en su vida alegó para obrar de determinada manera que aún "no había llegado su hora" (Jn. 7,30; 8,20). Esta es la "hora" de su muerte, como se ve por el contexto, la hora que El había deseado tanto

58. Cf. BIBLIA COMENTADA, por los profesores de Salamanca, vol. V: *Evangelio*, BAC (Madrid, 1964), pp. 1.258-60).

(Lc. 12,50).

Cristo va a orar como hombre. En este sentido El podía pedir al Padre que le concediese lo que era donación divina. La oración de Cristo en esta primera parte es la siguiente: *«Que el Padre glorifique al Hijo para que así el Hijo glorifique al Padre»* (v. 1). ¿Qué «glorificación» pide aquí Cristo? La palabra «gloria» (dóxa) es susceptible de múltiples significaciones. Pero aquí queda bien definida por su «paralelo» del versículo 5: es la «gloria» que tuvo junto a su Padre antes de que el mundo existiese. ¿Qué «gloria» es esta que Cristo tuvo junto a su Padre en la eternidad?

Para San Agustín es la «predestinación», que hizo el Padre en la eternidad, de glorificar un día la *humanidad* de Cristo...

Otra interpretación, la más común, es la que sostiene que aquí se trata de la *divinidad* de Cristo...

Si se interpreta esta «glorificación» de la «predestinación», Cristo pide al Padre que le conceda a su *humanidad* el irradiar ahora la divinidad a través de la humanidad.

Si se interpretan estos versículos de la *divinidad,* no pudiendo ser «glorificación» de la divinidad en sí misma, pide la glorificación de su humanidad. Esta glorificación de la humanidad ha de ser glorificada «con la gloria que tuve junto a ti antes que el mundo existiese».

La divinidad quedó como *oculta*, sin irradiarse a través de la humanidad que asumió. Pero ahora, en su fase triunfal, pide que se irradie la divinidad a través de la humanidad. El mejor comentario a esta oración de Cristo por su glorificación son las palabras de San Pablo, al hacer el panegírico de la *kénosis* de Cristo (Flp.2, 5-11)[59].

Cristo pide esta «glorificación» suya para así glorificar El al Padre. Esta «gloria» que Cristo pide ahora e inmediatamente es *su resurrección* –cuerpo glorioso irradiando la divinidad–, ya que ésta era como la piedra de toque de su misión y la señal que, tomada de Jonás, había dado de estar sólo tres días en el sepulcro. Y que esta «glorificación» que pide aquí es principalmente la resurrección, aunque con lo que esta llevaba anejo, es lo que El mismo dice al salir Judas del Cenáculo: «Ahora ha sido glorificado en El. Si Dios ha sido glorifica-

59. He aquí el pasaje de San Pablo a los Filipenses (*kénosis* de Cristo): «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios; antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres. Y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre». (Flp. 2,5-11).

do en El, Dios también le glorificará a El, y le glorificará *en seguida»* (Jn. 13,31-32). El padre es glorificado en el homenaje de la muerte de Cristo, y le glorificó «en seguida» con su resurrección. Pues con ella verán que el «mensaje» de Cristo era verdad. Así lo comentaba San Agustín: «Resucítame, para que seas manifestado a todo el mundo por mí»[60].

¡El Padre glorificando al Hijo y el Hijo glorificando al Padre! ¡Sublime misterio de glorificación *infinita,* ante el cual palidecen y desaparecen casi por completo todas las glorificaciones habidas y por haber que puede Dios recibir por parte de todas las criaturas creadas o creables, actuales o posibles, en el cielo, en la tierra y en todo el Universo; puesto que todas ellas no son *nada* comparadas con aquella glorificación *infinita* con la que el Padre glorifica al Hijo y el Hijo glorifica al Padre *en la unidad del Espíritu Santo!*

Porque no hay que perder nunca de vista las últimas palabras que acabamos de subrayar. La glorificación intratrinitaria entre el Padre y el Hijo se hace siempre *en la unidad del Espíritu Santo,* que procede de la infinita *espiración de amor* que se da eternamente entre el Padre y el Hijo. El Espíritu Santo es, pre-

60. SAN AGUSTIN. *In evang. Io. tract.* tr. 105.

cisamente, el *Amor infinito* entre el Padre y el Hijo, que da origen –por vía de procedencia– a la tercera Persona de la Santísima Trinidad.

Convertirse en eterna «alabanza de gloria» de la Trinidad Beatísima en el cielo y comenzar a serlo ya desde este mundo, constituyó la gran obsesión, el sueño dorado de Sor Isabel de la Trinidad, que convirtió su vida terrena en un verdadero cielo anticipado. Escuchemos la descripción que ella misma nos hace de lo que es o debe ser una «alabanza de gloria» de la Trinidad[61]:

«Hemos sido predestinados por un decreto de Aquel que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad, a fin de que seamos la *alabanza de su gloria*» (Ef. 1,11.12).

Es San Pablo quien habla así, San Pablo instruido por el mismo Dios. ¿Cómo realizar este gran sueño del corazón de nuestro Dios, este querer inmutable sobre nuestras almas; cómo, en una palabra, responder a nuestra vocación y llegar a ser perfectas *alabanzas de gloria* de la Santísima Trinidad?

En el cielo, cada alma es una alabanza de gloria del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo, puesto que cada alma está fijada en el *puro*

61. SOR ISABEL DE LA TRINIDAD. Retiro «*Le ciel sur la terre*», 13.ª oración: *Una alabanza de gloria.*

amor y ya no vive de su vida propia, sino de la vida de Dios. Entonces ella le conoce –dice San Pablo– como es conocida por El. En otros términos:

Una alabanza de gloria es un alma que permanece en Dios, que le ama con un amor puro y desinteresado, sin buscarse a sí misma en la dulzura de ese amor; que le ama por encima de todos sus dones, aunque no hubiera recibido nada de El y que desea el bien al objeto de tal manera amado. Pero ¿cómo desear y querer *efectivamente* el bien a Dios si no es con el cumplimiento de su voluntad, puesto que esta voluntad ordena todas las cosas para su mayor gloria? Luego esta alma debe entregarse plenamente, perdidamente, hasta no querer otra cosa que lo que Dios quiera.

Una alabanza de gloria es un alma de silencio que se comporta como una lira bajo el toque misterioso del Espíritu Santo, a fin de que El haga salir melodías divinas. Sabe que el sufrimiento es una cuerda que produce sonidos más bellos aún; por eso quiere verla en su instrumento para mover más deliciosamente el corazón de su Dios.

Una alabanza de gloria es un alma que Dios fija en la fe y en la simplicidad. Es un reflector de todo lo que es El. Es como un abismo sin fondo en el que El puede derramarse y expansionarse; como un cristal a través del

cual pueda El brillar y contemplar todas sus perfecciones y su propio esplendor. Un alma que permite de este modo al Ser divino satisfacer en ella su necesidad de comunicar todo lo que es y todo lo que tiene, es, en realidad, la alabanza de gloria de todos sus dones.

Una alabanza de gloria es, en fin, un ser siempre en acción de gracias. Cada uno de sus actos, de sus movimientos, de sus pensamientos, de sus aspiraciones, al mismo tiempo que la arraigan más profundamente en el amor, son como un eco del *Sanctus* eternal.

En el cielo de la gloria, los bienaventurados no cesan día y noche de exclamar: "Santo, Santo, Santo es el Señor todopoderoso... y adoran prosternados a Aquel que vive por los siglos de los siglos" (Apoc. 4,8).

En el cielo de su alma, la "alabanza de gloria" comienza ya en la tierra su oficio de eternidad. Su cántico es ininterrumpido, porque está bajo la acción del Espíritu Santo que lo obra todo en ella. Y aunque a veces no tiene conciencia de ellos, porque la flaqueza humana no le permite fijarse siempre en Dios sin distracciones, está enteramente metida en la alabanza del amor, en la pasión de la gloria de su Dios.

En el cielo de nuestra alma: *seamos alabanza de gloria de la Trinidad Santa,* alabanzas de amor de nuestra Madre Inmaculada. Un

día el velo caerá y cantaremos en el seno del Amor infinito; y Dios nos dará el nombre nuevo prometido al vencedor. ¿Cuál será? *Laudem gloriae»* (Ef. 1,12).

Todo esto es sencillamente sublime. Pero en la oración que estamos comentando se va mucho más lejos todavía que lo que acaba de decirnos de manera tan impresionante sor Isabel de la Trinidad. Porque no se trata tan sólo de que cada bienaventurado se convierta individual o personalmente en una «alabanza de gloria» de la Trinidad Beatísima, sino de que sea *el mismo Dios quien promueva y arbitre continuamente entre todas las criaturas actuales y posibles nuevos procedimientos de glorificación de las divinas Personas.* O sea, se pide a Dios que con su infinita sabiduría y poder vaya mucho más allá de lo que podrían imaginar o discurrir eternamente todas sus actuales criaturas en su afán incontenible de glorificar a Dios. Eso es lo que el alma ha querido expresar cuando pide al Padre que «glorifique *continuamente* a su Hijo en la unidad del Espíritu Santo *por los siglos de los siglos»* de los mil modos y maneras que le dicte *continuamente* su infinita sabiduría y su infinito amor (por ejemplo, creando nuevos mundos, ampliando los confines del Universo con nuevas criaturas que glorifiquen a Dios, etc.), cosas que escapan

en absoluto al poder y a los deseos de las simples criaturas, aunque gocen ya de Dios en el cielo. Esta petición es tan atrevida y audaz que –como ya hemos dicho más arriba– creemos que con ella alcanza la oración que estamos comentando el momento más álgido y el punto culminante de todas sus ansias y deseos. Imposible ir más lejos en el terreno de todas las posibilidades imaginables.

«¡Oh Jesús, que habéis dicho: Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo» (Mt. 11,27).

El pasaje del Evangelio de San Mateo que acabamos de citar pone clarísimamente de manifiesto la divinidad de Jesucristo como verdadero Hijo de Dios encarnado, como veremos en seguida. Y forma parte de un contexto tan maravilloso que con razón se ha calificado toda esta perícopa evangélica como «la perla de las palabras de Jesús». Y por la semejanza que tiene con algunos pasajes del Evangelio de San Juan –principalmente con su maravilloso prólogo donde se nos dice que «el Verbo era Dios» (v. 1)– se ha dicho que el pasaje de San Mateo es «un bólido o aerolito caído del cielo de Juan». He aquí el pasaje de San Mateo con todo su contexto:

«Por aquel tiempo tomó Jesús la palabra y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te plugo. Todo me ha sido entregado por mi Padre y *nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo.* Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt. 11,25-30).

De este sublime y emocionante pasaje –que tiene su paralelo parcial en el evangelio de San Lucas (Lc. 10,21,22)–, la oración que estamos comentando recoge únicamente las palabras «Nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo».

Con estas palabras proclama Jesús, clarísimamente, su propia divinidad como Verbo eterno de Dios. Escuchemos a Dom Columba Marmión exponiendo con su habitual maestría este gran misterio[62]:

62. DOM COLUMBA MARMION. *Jesucristo en sus misterios.* 2.ª ed. (Barcelona, 1941), c.3, p. 35-36.

«La fe nos revela el misterio verdaderamente estupendo de ser la fecundidad una perfección divina.

Dios es la plenitud del Ser, el océano sin riberas de la perfección y de la vida. No podemos nunca figurarnos cómo es Dios, pues tan pronto como intentamos hacerlo le atribuimos una forma concreta, y, por consiguiente, con límites. Por mucho que queramos ensanchar esos límites, no alcanzaremos jamás la infinitud de Dios. Dios es el Ser mismo, el Ser necesario, el Ser subsistente por sí mismo, que posee en su plenitud todas las perfecciones.

Pues bien: he aquí una maravilla que nos descubre la Revelación: en Dios hay fecundidad, posee una paternidad espiritual e inefable. Es Padre, y como tal, principio de toda la vida divina en la Santísima Trinidad. Dios, Inteligencia infinita, se comprende perfectamente; en un solo acto ve todo lo que es y cuanto hay en El. De una sola mirada abarca, por decirlo así, la plenitud de sus perfecciones y en una sola Idea, en una sola Palabra, que agota todo su conocimiento, expresa ese mismo conocimiento infinito. Esta Idea concebida por la inteligencia eterna, esa Palabra por la cual Dios expresa a sí mismo, es el Verbo. La fe nos dice también que ese Verbo es Dios, porque posee, o mejor dicho, *es* con el Padre una misma naturaleza divina.

Y porque el Padre comunica a ese Verbo una naturaleza no sólo semejante, sino *idéntica* a la suya, la Sagrada Escritura nos dice que le *engendra,* y por eso llama al Verbo *el Hijo.* Los libros inspirados nos presentan la voz inefable de Dios que contempla a su Hijo y proclama la bienaventuranza de su eterna fecundidad: "Del seno de la divinidad, antes de crear la luz, te engendré" (Sal. 109,3); "Tú eres mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias" (Mc. 1,11).

Ese Hijo es perfecto, posee con el Padre todas las perfecciones divinas, salvo la propiedad de "ser Padre". En su perfección iguala al Padre por la unidad de naturaleza. Las criaturas no pueden comunicar sino una naturaleza *semejante* a la suya: *simili sibi.* Dios engendra a Dios y le da su propia naturaleza y, por lo mismo, engendra lo *infinito* y se contempla en otra Persona que es su igual, y tan igual, que entrambas son una misma cosa, pues poseen una sola naturaleza divina y el Hijo agota la fecundidad eterna, por lo cual es una misma cosa con el Padre: "Yo y el Padre somos una misma cosa" (Jn. 10,30).

Finalmente, ese Hijo muy amado igual al Padre y, con todo, distinto de El y Persona divina como El, no se separa del Padre. El Verbo vive siempre en la Inteligencia infinita que le

concibe; el Hijo mora siempre en el seno del Padre que le engendra (Jn. 1,18)».

En esta magnífica explicación de Dom Columba Marmión, aparece claro lo que dice el propio Cristo en el pasaje evangélico de San Mateo que estamos comentando: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo». Sólo el Padre, en efecto, conoce su propia Inteligencia infinita, que es su propio Verbo, y, por la mismísima razón, sólo el Hijo conoce al Padre que le engendra comunicándole su propia divina naturaleza. Es evidentísimo que al Ser infinito sólo le puede conocer el propio Ser infinito, al menos con un conocimiento perfecto, exhaustivo y total.

Ahora bien: el propio Cristo, el Hijo *único* del Padre, nos dice expresamente que también puede conocer al Padre «todo aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo». Y el autor de la oración que estamos comentando, le coge la palabra y tomando del propio Evangelio la expresión del Apóstol Felipe, le dice con inmenso amor y confianza filial:

«¡Muéstranos al Padre, y esto nos basta»

¡Vaya si esto basta para saciar por completo el hambre y la sed de Dios que experimenta

toda criatura consciente de su dignidad de *hija de Dios* por la gracia santificante! Porque el propio Cristo replicó al deseo de Felipe: «¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habéis conocido todavía? *El que me ha visto a mí ha visto al Padre;* ¿cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que *yo estoy en el Padre y el Padre en mí?*» (Jn. 14,9-10).

Ahora bien: si viendo o conociendo a Cristo vemos o conocemos también al Padre, ¿qué más queremos, qué otra cosa podríamos desear o qué podríamos pedirle a Cristo que se pueda comparar con esta sencilla y sublime petición: *¡Muéstranos al Padre y esto nos basta!* Ninguna otra podría ser más provechosa para nosotros y ninguna otra podría serle más grata al propio Jesucristo que, como aparece clarísimamente en el Evangelio, era un *obseso de su Padre celestial,* vivía únicamente para su Padre celestial, no quería hacer nunca su propia voluntad sino únicamente la voluntad de su Padre celestial, etc.

En la vida de Cristo y, por lo mismo, en la vida cristiana de los miembros de su Cuerpo místico, todo debe ordenarse finalmente al Padre celestial. La gloria de su Padre celestial, repetimos, tenía *obsesionado a Cristo.* No quiere que se cumpla su propia voluntad si se ha de oponer en lo más mínimo a la de su Padre (Mt. 26,39); trabaja únicamente por agradarle

(Jn. 8,29); vive únicamente por El y para El (Jn. 6,58); y si, llegado el momento, pide a su Padre que le glorifique, es únicamente para que El pueda glorificar también la Padre (Jn. 17,1). La primera palabra que de Jesús niño recoge el Evangelio es ésta: «¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?» (Lc. 2,49); y la última que pronunciaron sus labios moribundos en lo alto de la cruz fue esta otra: «Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23,46). Jesucristo vivió y murió pensando en su Padre celestial.

El cristiano ha de parecerse a su divino Modelo en todo, pero principalmente en esta aspiración continua a su Padre celestial. San Pablo nos lo recuerda clara y expresamente al decirnos –estableciendo con ello la jerarquía de valores en todo cuanto existe–: «Todas las cosas son vuestras; pero vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios» (1 Cor. 3,22-23). Y un poco más adelante, en la misma epístola, completa su pensamiento cuando escribe: «Es preciso que El (Cristo) reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies... Pero cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a El todo se lo sometió, *para que sea Dios todo en todas las cosas* (ibid. 15,25-28)». La gloria de Dios es el fin último, absoluto, de toda la obra divina de la creación del mundo, redención y glorifica-

ción del género humano. En el cielo es donde se cumplirá en toda su perfección e integridad aquello de San Juan de la Cruz: «Sólo mora en este Monte la honra y gloria de Dios».

Esta gloria de Dios, como es obvio, no pertenece exclusivamente a la persona del Padre. Es la gloria de la *divinidad*, del Dios Uno y Trino de la revelación. Por consiguiente, esa gloria que recibe el Padre por Cristo, con El y en El, pertenece también al Espíritu Santo, lazo divino que une al Padre y al Hijo en un inefable vínculo de amor que los consuma a los tres en la unidad de una misma esencia.

Sólo falta, por consiguiente, una invocación final al Espíritu Santo para cerrar con broche de oro la preciosa oración que estamos comentando. Es la siguiente:

«Y Vos, ¡oh Espíritu de Amor! "enseñadnos todas las cosas" (Jn. 14,26) y formad con María en nosotros a Jesús (cf. Gal. 4,19) hasta que seamos "consumados en la unidad" (Jn. 17,23) en el "seno del Padre"» (Jn. 1,18). Amén.

Vamos a examinar por separado cada una de estas peticiones, llenas de profundísimo sentido espiritual.

1.ª Enseñadnos todas las cosas.

En su maravilloso sermón de la Cena, Jesús les dice a sus apóstoles que el Espíritu Santo «*les enseñará todas las cosas* y les traerá a la memoria todo lo que El les ha dicho (Jn. 14,26), les guiará hacia la verdad completa y les comunicará las cosas venideras (Jn. 16,13); glorificará a Cristo porque tomará de lo de El y lo dará a conocer a los apóstoles» (Jn. 16,14).

San Pablo precisa maravillosamente la teología del Espíritu Santo. Es el Espíritu de Dios y de Cristo (Rom. 8,9-14; 1 Cor. 2,10-14; 2 Cor. 3,17), su operación es la misma que la del Padre y del Hijo (1 Cor. 12,3-13; 6,11; Tit. 3,4-7) y hace a los justos templos de Dios y del propio Espíritu Santo (1 Cor. 6,19; 3,16). Para los fieles es el principio de la vida en Cristo (Rom. 1,4; 8,116.22-27; Gal. 4,6; 6,7-8; Ef. 4,1-6), si bien es cierto que vivir en Cristo y en el Espíritu son una misma cosa. Es el distribuidor de todo don (1 Cor. 12,3-13); escudriña los secretos de Dios (1 Cor. 2,10); es el don por excelencia (Rom. 5,5); nos mueve de forma que agrademos a Dios (Rom. 8,9) y no debemos contristarle jamás (Ef. 4,30). El será quien realice la venida definitiva de Cristo (Apoc. 22,17).

Hay que estar muy prontos y despiertos para seguir con toda fidelidad las inspiraciones

del Espíritu Santo «que nos enseña todas las cosas» a todo lo largo de nuestra vida si nosotros no ponemos ningún obstáculo a sus divinas enseñanzas. La fidelidad a la gracia, o sea, a las inspiraciones del Espíritu Santo, es el gran secreto de la santidad. Es inútil todo lo que se haga o intente si falla este punto básico y fundamental. El alma que quiera santificarse en serio, ha de permanecer atenta a las mociones internas del Espíritu Santo, a fin de no ofrecerles la menor resistencia y secundarlas en todo con la mayor docilidad.

El alma ha de hacer cuanto esté de su parte para que el Espíritu Santo actúe sus siete preciosísimos dones que la elevarán rápidamente hasta la santidad y perfección más excelsas. Toda alma en gracia posee los siete dones del Espíritu Santo de la que son inseparables. Pero los posee en forma de *hábitos,* que sólo pasan al acto en determinadas circunstancias. El alma no puede actuarlos por sí misma, ya que son instrumentos directos e inmediatos del Espíritu Santo; pero puede *disponerse,* mediante la gracia divina, para que el Espíritu Santo los actúe. Las mejores disposiciones para ello son: profunda humildad, exquisita fidelidad a la gracia, recogimiento, vida de oración, mortificación de los propios gustos y caprichos, perfecta pureza de alma y cuerpo, desprendimiento de las cosas creadas, tierna devoción a la

Virgen María, etc. En general, si el alma se esfuerza seriamente en santificarse, renunciando a mil bagatelas y niñerías que podrían impedirle su total entrega a Dios, el Espíritu Santo suplirá lo que falta con sus maravillosos dones y el alma se remontará con ellos hasta las cumbres más altas de la perfección y unión mística con Dios.

2.ª «Y formad con María en nosotros a Jesús»

Es bien sabido que todo el proceso y desarrollo de la vida cristiana consiste en que el cristiano, hecho ya hijo de Dios y miembro vivo de Jesucristo por la gracia bautismal, se vaya configurando cada vez más con el mismo Cristo hasta transformarse de tal manera en El que pueda con toda verdad repetir las palabras del gran apóstol San Pablo: «Ya no soy yo quien vivo, sino Cristo en mí» (Gal. 2,20).

En este proceso de cristificación «hasta formar a Cristo en nosotros» (Gal. 4,19), el Espíritu Santo –su principal artífice– se vale siempre de María como Mediadora y Dispensadora Universal de todas las gracias que Dios concede a los hombres. De Ella se valió el mismo Espíritu Santo para formar en sus entrañas virginales nada menos que al propio Jesús (Lc. 1,35) y de Ella se vale y se valdrá siempre para

formar en nosotros a Jesús *hasta transformarnos en El* si no ponemos obstáculos voluntarios a su divina acción santificadora. Dios hubiera podido hacer las cosas de otra manera, pero las ha dispuesto así, y nosotros no podemos enmendarle la plana al mismo Dios.

Por eso la devoción y el amor entrañable a la Virgen María –la Virgen siempre fiel a las inspiraciones del Espíritu Santo: *Virgo fidelis*– no es un lujo o un complemento accidental en el proceso de nuestra santificación, sino algo absolutamente *esencial* e indispensable, so pena de no llegar jamás a la cumbre de la perfección. Como dice hermosamente San Bernardo *«nada ha querido Dios que tengamos que no pase por las manos de María»*[63]. Y al razonar teológicamente esta afirmación, escribe bellísimamente el propio San Bernardo, llamado con razón el Doctor Melífluo[64]:

«Contemplad, pues, más altamente con cuanto afecto de devoción quiso fuese honrada María por nosotros aquel Señor que puso en Ella *toda la plenitud del bien*, para que, consiguientemente, si en nosotros hay algo de espe-

63. SAN BERNARDO. *sermón 3.º en la vigilia de Navidad.* n. 10. Puede verse en *Obras completas de San Bernardo*, vol. 1. BAC (Madrid, 1953) p. 247.

64. SAN BERNARDO, *sermón en la Natividad de la Virgen María.* Ibid. ibid. p. 740-742.

ranza, algo de gracia, algo de salud, conozcamos que redunda de Aquella que subió rebosando en delicias. Huerto es, en verdad, de delicias que no solamente inspiró viniendo, sino que agitó dulcemente con sus soberanos soplos aquel Austro divino, sobreviniendo en Ella, para que por todas partes fluyan y se difundan sus aromas, los dones, es a saber, de las gracias. Quita este cuerpo solar que ilumina al mundo, ¿cómo podrá haber día? Quita a María, esta estrella del mar, del mar sin duda grande y espacioso, ¿qué quedará sino oscuridad, que todo lo ofusque, sombra de la muerte todo y densísimas tinieblas?

Con todo lo íntimo, pues, de nuestra alma, con todos los afectos de nuestro corazón y con todos los sentimientos y deseos de nuestra voluntad, veneremos a María, porque *ésta es la voluntad de aquel Señor que quiso que todo lo recibiéramos de María.* Esta es, repito, su voluntad, pero para bien nuestro. Puesto que, mirando en todo y por todo al bien de los miserables, consuela nuestro temor, excita nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, disipa nuestra desconfianza y anima nuestra pusilanimidad. Recelabas acercarte al Padre, y aterrado con sólo oír su voz, huías a esconderte entre las hojas. El te dio a Jesús por mediador. ¿Qué no conseguirá tal Hijo de tal Padre? Será oído sin duda por su respeto, pues el Padre ama al

Hijo. Mas recelas acaso llegarte también a El. Hermano tuyo es, tu carne es, tentado en todas las cosas sin pecado para hacerse misericordioso. Este hermano te lo dio María. Pero, por ventura, en El también miras con temblor su majestad divina, porque, aunque se hizo hombre, con todo eso permaneció Dios. ¿Quieres tener un abogado igualmente para con El? Pues recurre a María. Porque se halla la humanidad pura en María, no sólo pura de toda contaminación, sino pura de toda mezcla de otra naturaleza. No me cabe la menor duda: Ella será oída también por su respeto. Oirá sin duda el Hijo a la Madre, y oirá el Padre al Hijo. Hijos amados, ésta es la escala de los pecadores, esta es mi mayor confianza, ésta es toda la razón de la esperanza mía. ¿Pues qué? ¿Podrá acaso el Hijo repeler o padecer El repulsa? ¿Podrá el Hijo no ser atendido por su Padre o rechazar los ruegos de su Madre? No, no; mil veces no. *Hallaste* –dice el ángel– *gracia a los ojos de Dios* (Lc. 1,30). Dichosamente. Siempre Ella encontrará la gracia, y sola la gracia es de lo que necesitamos nosotros. La prudente Virgen no buscaba sabiduría, como Salomón; ni riquezas, ni honores, ni poder, sino gracia. A la verdad, sola es la gracia por la que nos salvamos. ¿Para qué deseamos nosotros, hermanos, otras cosas? Busquemos la gracia, y busquémosla por María, porque Ella en-

cuentra lo que busca y no puede verse frustrada».

Nada se puede decir ni pensar más hermoso y exacto que lo que nos acaba de decir San Bernardo. Y, en realidad, todo ello se resume y compendia en esta súplica que hacemos al Espíritu Santo en la oración que comentamos: *«Y formad con María en nosotros a Jesús»*. Eso es todo.

3.ª «Hasta que seamos consumados en la unidad...» (Jn. 17,3)

En su sublime oración sacerdotal pronunciada en la noche de la Cena momentos después de haber instituido la Eucaristía, Jesucristo pidió a su Eterno Padre, con un rotundo *¡quiero!* (vers. 24), que todos los que crean en El sean «consumados en la unidad» en un doble sentido: de los fieles entre sí, y de todos ellos con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Es una petición sublime e inaudita, la más alta a que puede remontarse una pura criatura, fuera de la unión personal o *hipostática* que es propia y exclusiva de la humanidad de Cristo.

He aquí, con todo su inmediato contexto, las palabras mismas de Jesús, tal como nos las transmite San Juan en el capítulo 17 de su Evangelio, versículos 20 al 24:

20. Pero no ruego solamente por éstos (los Apóstoles), sino por cuantos crean en mí por su palabra. 21. Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. 22. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno. 23. Yo en ellos y tú en mi, *para que sean consumados en la unidad*, y conozca el mundo que tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí. 24. Padre, *quiero* que donde yo esté estén también conmigo los que tú me has dado, para que contemplen mi gloria, que tú me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo».

Este es el maravilloso texto evangélico. Hagamos un breve comentario exegético de cada uno de sus versículos[65].

20. *Pero no ruego solamente por éstos (los Apóstoles) sino por cuantos crean en mí por su palabra.*

Estas palabras tienen una trascendencia universal. Conforme a su misión de Redentor de todo el género humano, Jesús atraviesa con

65. Cf. BIBLIA COMENTADA, por los profesores de Salamanca, vol. V. *Evangelio*, BAC (Madrid, 1964); LA SAGRADA ESCRITURA, por los profesores de la Compañía de Jesús, I, *Nuevo Testamento*, BAC (Madrid, 1961).

su mirada divina todos los siglos y pide por todos los que han de creer en El por la palabra de los Apóstoles o por la de sus sucesores hasta el fin del mundo.

21. *Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros, para que el mundo crea, que tú me has enviado.*

Se trata de una doble unión: de los fieles entre sí («que todos sean uno»), y en unión con el Padre y el Hijo («que sean también uno en nosotros») y, por consiguiente, también con el Espíritu Santo, unido al Padre y al Hijo en la unidad de una misma esencia o naturaleza. La unidad del Padre y del Hijo con el Espíritu Santo se presenta en una triple relación: de conocimiento, de amor y de inmanencia recíproca, y aquí aparece como *ejemplar* de la unidad cristiana. Esta unidad cristiana tiene también una finalidad apologética o apostólica: «Para que el mundo crea que tú me has enviado».

22. *Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno.*

De dos maneras ha dado o comunicado Cristo a sus discípulos la «gloria» que el Padre le dio a El: a) manifestándoles su divinidad (milagros, voz del Padre en el Monte Tabor y en el bautismo de Jesús, etc), y b) haciéndoles verdaderamente *hijos de Dios,* mediante la gra-

cia santificante que les da una participación misteriosa pero realísima *de la misma naturaleza divina* (2 Pe. 1,4). Esto supuesto, se explica muy bien que esa «gloria» –la gracia santificante– produzca la unión de los creyentes, ya que la gracia lleva siempre consigo la *caridad sobrenatural*, que establece la unión más honda y entrañable del hombre con Dios y con todos los demás hombres[66].

23. *Yo en ellos y tú en mí para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí.*

Este es el momento culminante de la oración sacerdotal de Jesús con relación a nosotros.

Se trata de una *consumación en la unidad de los cristianos con la divinidad* a través de Cristo-Hombre: ««Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad». Se trata de una unión o unidad muy real y verdadera, pero no en sentido panteísta –sería una herejía– sino en sentido puramente *místico*, que en este mundo alcanza su máximo exponente en la llamada «unión transformativa» o «matrimonio espiritual» tal como lo describen Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, entre

66. Cf. II-II, 25, 27; 1 Jn. 3,13,23; 4,7-21; 1 Cor 10,19.

otros grandes místicos experimentales. Esta unión *consumada* del alma con Dios tiene su fundamento en esta vida en la *inhabitación de la Santísima Trinidad* en el alma del justo (Jn. 14,23), que se va haciendo cada vez más profunda y consciente hasta alcanzar las cumbres de la «unión transformativa», si el alma no pone obstáculos voluntarios a la acción santificadora del Espíritu Santo. Esta unión transformativa o «matrimonio espiritual» es la unión más alta y sublime que puede alcanzar en esta vida una pura criatura, solamente superada por la unión personal o *hipostática* que es propia y exclusiva de la humanidad de Cristo.

24. *Padre, quiero que donde yo esté, estén también conmigo los que tú me has dado, para que contemplen mi gloria, que tú me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo.*

La perspectiva de este versículo es claramente escatológica. Jesús se va al Padre; los discípulos se quedan en el mundo. Pero la separación es temporal. La unión definitiva consistirá en permanecer eternamente juntos «en el Padre». Es de gran interés destacar el *quiero* con que Cristo se dirige ahora al Padre en sustitución del *ruego* del versículo 20. *Quiero* es más que un simple deseo, es la expresión de su voluntad absoluta. Repetidas veces había dicho Cristo que había venido, no para hacer su

voluntad, sino la del Padre celestial, conforma su querer absoluto con ella. Quiere el sacrificio que le impone el Padre y el fruto que pretende el mismo Padre: la salvación eterna de los que el Padre le ha dado. Tiene sentido universal y profético, que abarca a todos los creyentes. El *quiero* absoluto de Cristo tiene sentido de elección y llamamiento *eficaz,* que no puede faltar: «Quiero que donde yo esté, estén también conmigo los que tú me has dado».

Y los quiere «para que contemplen mi gloria». Se refiere a la gloria que Cristo tiene como *Señor,* sentado a la derecha del Padre, o sea, la que le corresponderá en el estado glorioso que seguirá a su Ascensión al cielo. Y habla de ella como de cosa ya presente: «La que me has dado», en sentido profético perfecto, como de una cosa futura completamente cierta que no puede fallar. Esta gloria es la misma que tuvo eternamente el Verbo antes de la encarnación, porque Dios amó eternamente a su Hijo, no sólo en cuanto Dios, sino incluso en cuanto Hombre que había de comenzar a existir en el tiempo al nacer de la Virgen María. Por eso dice que le amó incluso «antes de la creación del mundo».

Esta petición prepara el terreno y encaja perfectamente con la última de la «Elevación a la Trinidad» que estamos comentando. Es la siguiente:

4.ª «... en el seno del Padre» (Jn. 1,18)

San Juan termina el prólogo de su Evangelio con estas palabras:

««Dios Unigénito, *que está en el seno del Padre,* éste nos lo ha dado a conocer»

Escuchemos, en primer lugar, el comentario exegético de un gran especialista[67]:

«Al decir que nadie ha visto jamás a Dios, alude San Juan a una convicción muy arraigada en el Antiguo Testamento, según la cual nadie puede ver a Dios sin morir (cf. Ex. 33,20; Jud. 13,22, etc.). No le vio, pues, ni Moisés (Ex. 33,22-23) ni Isaías (Is. 6,1-5). No vieron a Dios directamente o con visión facial; lo que contemplaron fueron simples teofanías simbólicas. Es evidente que la naturaleza divina es inaccesible al ojo humano (1 Jn. 3,2). La razón teológica es del todo clara y definitiva: Dios es espíritu y el espíritu no puede ser captado por un órgano corporal[68].

Pero lo que los hombres no han podido ver

67. P. BOISMARD, O.P. *Le prologue de Saint Jean* (ed. du Cerf. París, 1953), que es el mejor estudio realizado hasta la fecha sobre dicho prólogo.

68. Cf. I, 12,3.

jamás, lo ha visto el Unigénito del Padre, que vive en su propio seno. Esta expresión "en su propio seno" es muy frecuente en la Sagrada Escritura para designar una unión muy íntima y entrañable entre dos personas. Así, el niño reposa en el seno de su madre (1 Reg. 3,20), la esposa sobre el seno de su marido (Deut. 28,54) y el marido sobre el seno de su esposa (Deut. 28,56). Noemí toma al hijo de su nuera y lo estrecha amorosamente sobre su seno (Rut. 4,16). El propio San Juan, en fin, "el discípulo amado de Jesús", se recostó amorosamente sobre el seno de su Maestro en la última cena (Jn. 13,23).

El Verbo de Dios permanece eternamente "en el seno del Padre". Ni siquiera la encarnación pudo desplazarlo de aquel lugar de reposo eterno. Al asumir la humana naturaleza, el Verbo no experimentó el menor cambio ni inmutación. El movimiento ascensional –por decirlo así– afectó únicamente a la naturaleza humana, que fue elevada a la unidad de persona con el Verbo eterno, sin que éste experimentara el menor cambio o saliese un solo instante del "seno del Padre", que le engendra continuamente en el inmutable *hoy* de su eternidad (Sal. 109,3). El Verbo es el único que conoce al Padre en toda su plenitud infinita, puesto que es su propia Idea, su propia Palabra, su propia Imagen perfectísima. Y ese Ver-

bo, Palabra divina del Padre, ha venido a la tierra para darnos a conocer, con palabras humanas, los misterios insondables de la vida íntima de Dios. O también –como leen algunos exégetas las palabras "dar a conocer"– para *conducirnos* al Padre, como consecuencia de nuestra filiación adoptiva que nos trajo el Verbo de Dios»...

«El Verbo existía en Dios. El Verbo y el Padre hacen uno solo. Y el Verbo ha venido a la tierra *para tomarnos a nosotros con El en su retorno al Padre.* Nos ha conducido al "seno del Padre" para que permanezcamos para siempre con El en la unidad del Espíritu Santo».

Estas últimas palabras del P. Boismard nos llevan como de la mano a las últimas de la «Elevación a la Trinidad» que estamos comentando.

En efecto: grande, grandísima es la *consumación en la unidad* del cristiano con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo por la simple posesión de la gracia santificante, que le hace verdadero *hijo de Dios* y templo vivo de toda la Santísima Trinidad; y, sobre todo, la del cristiano que con su constante fidelidad a las inspiraciones del Espíritu Santo ha logrado escalar las grandes alturas de la «unión transformativa» o «matrimonio espiritual» de que ha-

blan los místicos experimentales. Pero mil veces por encima de esta íntima unión con Dios, iniciada en la tierra, está todavía *–a millones de años luz–* la consumación definitiva y eterna con la divinidad que el alma bienaventurada alcanzará únicamente en el cielo «en el seno del Padre». Y esa unión consumada, definitiva y eterna es, cabalmente, la que pide el alma como meta final de todos sus anhelos y aspiraciones: «en el seno del Padre».

¡El cielo! La *unión consumada con Dios* a través de la visión, del amor y del gozo beatíficos. ¿Quién podrá, no ya describir, pero ni siquiera imaginar a millones de años-luz semejante maravilla, cuya sublime realidad nos garantiza infaliblemente la divina Revelación?

Baste decir que la visión, el amor y el goce fruitivo de Dios –que constituyen la esencia misma de la gloria– y el conjunto maravilloso de goces accidentales que de ella se derivan, saciarán por completo, con infinita y embriagante plenitud, el ansia devoradora de felicidad que atormenta en este mundo al pobre corazón humano. La gloria acallará por completo todos nuestros deseos. Imposible imaginar nada más embriagador que lo que el cuerpo y el alma disfrutarán a pleno placer; imposible aspirar a nada más. La vida del cielo consistirá en la posesión conjunta y perpetua de una felicidad inenarrable, enteramente saciativa.

Y todo ello gracias a Cristo nuestro jefe, nuestra divina cabeza y nuestro hermano mayor. Sin El, las puertas del cielo hubieran permanecido eternamente cerradas para nosotros. Fue El quien las abrió de par en par al precio infinito de su sangre preciosa. Todos los que crean en El tendrán la vida eterna (Jn. 6,47), ya que nadie puede ir al Padre sino por El (Jn. 14,16), ni se nos ha dado otro nombre debajo del cielo por el cual podamos salvarnos (Act. 4,12).

San Agustín resume en tres palabras lo que la pobre inteligencia humana, iluminada por la fe, alcanza a barruntar sobre la gloria del cielo: *veremos, amaremos, gozaremos.*

1. Veremos

No podemos formarnos la menor idea acá en la tierra del tremendo estupor que se apoderará de nuestra alma en el momento de su entrada en el cielo al contemplar por primera vez aquellos horizontes infinitos. El ciego de nacimiento, curado milagrosamente (Jn. 9,1-7), experimentó menos asombro del que nosotros experimentaremos en ese día. Pues Dios, a quien al presente «no vemos sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras, entonces *le veremos cara a cara*» (1 Cor. 13,12) y nos ha-

llaremos «semejantes a El, porque *le veremos tal cual es*» (1 Jn. 3,2).

¡Qué espectáculo! Al Autor de todas las cosas, Creador infinito, Belleza y Bondad supremas, manantial de verdad, origen de toda vida, lo contemplaremos directamente, sin intermediario que lo difumine o desfigure: «Entonces le conoceré a la manera que soy yo conocido» (1 Cor 13,12). La fe quedará cambiada en visión, nuestra esperanza en posesión, quedando sólo la caridad, llama brillante que la visión de Dios tornará devoradora y ardiente como un incendio. Pero los ardores de ese fuego divino, lejos de ser dolorosos, nos proporcionarán delicias incomparables que no tendrán fin, así como Dios tampoco tendrá fin. Satisfacción superabundante de la *inteligencia,* que recibirá una «buena medida, apretada y bien colmada hasta que se derrame» (Lc. 6,38) de verdad, de la Verdad eterna y total. Y saciedad total de la *voluntad* sumergida por entero en el Amor infinito de Dios.

Escuchemos a Dom Columba Marmión exponiendo estas mismas ideas[69].

«En el cielo *veremos a Dios.* Ver a Dios como El mismo se ve es el primer elemento de

69. DON COLUMBA MARMION. *Le Christ Vie de l'Ame* (París, 1930), p. 478

esta participación de la naturaleza divina que constituye la *vida bienaventurada:* es el primer acto vital de la gloria. Acá en la tierra, dice San Pablo, conocemos a Dios únicamente por la fe, de una manera obscura; entonces le veremos *cara a cara* (1 Cor. 13,12). Ahora no podemos saber en qué consiste esta visión en sí misma: pero el alma será reforzada por el "lumen gloriae" –la luz de la gloria– que no es otra cosa que la misma gracia expansionándose en el cielo.

Veremos a Dios con todas sus perfecciones; o, más bien, veremos que todas sus perfecciones se reúnen en una perfección infinita que es la divinidad. Contemplaremos la vida íntima de Dios; entraremos –como dice San Juan–"en sociedad con la santa y bienaventurada Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo" (1 Jn. 1,3). Contemplaremos la plenitud del Ser, la plenitud de toda Verdad, de toda Santidad, de toda Belleza, de toda Bondad.

Contemplaremos también, y para siempre, la humanidad adorable del Verbo encarnado. Veremos a Cristo en quien el Padre tiene puestas todas sus complacencias; veremos al que ha querido ser nuestro "hermano mayor"; contemplaremos los rasgos divinos, ahora gloriosos, de aquel que nos ha liberado de la muerte por su pasión sangrienta, que nos ha dado vivir esta vida inmortal. A El cantaremos eterna-

mente el himno de nuestra gratitud: "Sois Vos, Señor, el que nos habéis rescatado por vuestra sangre y nos habéis establecido en vuestro reino: a Vos la alabanza de gloria" (Apoc. 5,9-13).

Veremos también a la Virgen María, los coros de los ángeles y toda la inmensa muchedumbre de los elegidos que San Juan declara innumerables rodeando el trono de Dios (Apoc. 7,9-11).

Esta visión de Dios, sin velo, sin obscuridad, sin intermediarios, es nuestra herencia futura, la consumación de nuestra adopción divina».

2. Amaremos.

La visión de la divina esencia, con todo lo que ella lleva consigo, saciará nuestra *inteligencia* llenándola por completo de la Verdad infinita. Pero sobre esta expresión inteligible, la expansión del amor infinito beatificará nuestra *voluntad* en grado tal que acá en la tierra nos es imposible imaginar.

«Esta expansión del amor –dice hermosamente el P. Ruiz Amado[70]– será un darse total

70. P. RUIZ AMADO; S.J. *El cielo*, 2.ª ed. (Barcelona, 1924) páginas 56-57.

del alma a Dios; un *transfundirse en la divina esencia por amor,* con deseo infinito de unirse con Dios y diluirse –por decirlo en nuestro grosero modo– en su divino Ser, perdiendo, si posible fuera, el ser personal para no ser sino por identidad con Dios. Esta es la transformación, el *endiosamiento* del alma bienaventurada, el verdadero "vivo yo, pero ya no yo": *¡yo* solamente para amar y entregarme con voluntario entregamiento a mi Dios, y no recobrarme jamás a mí, sino poseerme en El!

Sólo en la Santísima Trinidad hallamos una imagen, sublimemente obscura, pero divinamente expresiva, de lo que ha de ser este entregamiento unitivo del alma dichosa en el seno de la divina gloria. El Padre, amando al Hijo infinitamente, se da a sí mismo; y el Hijo, correspondiendo al Padre con amor igualmente infinito, se le da a su vez; y este *don* infinito es Dios (el Espíritu Santo) como el Hijo y el Padre; y todos tres son una misma esencia divina, distintos como sujetos y objetos de conocimiento y amor, pero idénticos en el ser absoluto: tres personas y un solo Dios.

Con alguna remota semejanza, el alma bienaventurada conservará la inteligencia para conocer a Dios, y la voluntad para amarle; pero, por el exceso de amor, *se anegará en El,* sin querer conocer ni amar otra cosa alguna

fuera de El, sino conociendo y amando *en El* todo lo demás.

Es aquella divina transfusión y traspasamiento del alma en Dios que balbucearon los más sublimes místicos, haciendo expresar a nuestro lenguaje conceptos que no alcanza apenas el entendimiento angélico».

Si en este mundo –en efecto– la contemplación mística, sobrenatural o infusa, que procede de la fe y de los dones del Espíritu Santo, arrebata el alma de los sanos y los saca fuera de sí por el éxtasis místico, calcúlese lo que ocurrirá en el cielo ante la contemplación directa y facial de la divina esencia, no a través de la fe, sino clara y abiertamente tal como es en sí misma. El entendimiento del bienaventurado, al ponerse en contacto inmediato con ella, quedará arrebatado en un sublime y altísimo éxtasis, que se prolongará sin interrupción alguna por toda la eternidad. En este sentido podría definirse la visión beatífica *un éxtasis eterno* que, sin embargo, no impedirá en lo más mínimo la plena actividad del bienaventurado con relación a las demás cosas que constituyen en su conjunto la bienaventuranza eterna.

«Aunque bien podrá ser –termina el P.

Ruiz Amado[71]– que, como a los que están ardientemente enamorados, se les hace indiferente e insípido todo lo que toca o no dice relación a la persona amada, así los moradores del cielo, de tal manera estén sumergidos y anegados en Dios, que nada apetezcan sino en Dios: conociéndolo en Dios, amándolo en Dios, y gozándose de ello en Dios, y bañándose eternamente en aquel Océano de gozo que de este conocimiento, amor y gozo de Dios rebosará y se derramará, no sólo en el alma, sino también en todas las potencias y sentidos del cuerpo resucitado y bienaventurado».

3. Gozaremos.

Apenas hace falta insistir en este tercer aspecto de la eterna bienaventuranza, pues ¿qué otra cosa se deriva de la visión y del amor beatíficos sino un *gozo desbordante*, que en este pobre mundo jamás podremos comprender ni siquiera imaginar? San Pablo, que fue arrebatado al tercer cielo y contempló un instante la divina esencia mediante una comunicación transitoria del *lumen gloriae*[72], al volver en sí de su sublime éxtasis no supo decir nada de lo

71. Oc. p. 77.
72. Cf. I, 12, 11 ad 2; II-II, 175, 3-6.

que había visto, por ser del todo *inefable*, o sea, *inexpresable* en lenguaje humano (2 Cor. 12,2-4); tan sólo acertó a decir que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor. 2,9).

Del amor beatífico brotará, como una simple redundancia, un *gozo intensísimo y una paz inalterable*, que inundarán el alma del bienaventurado de inefable felicidad.

a) EL GOZO. Santo Tomás prueba hermosamente en la *Suma Teológica* que el gozo es un efecto y consecuencia del amor[73]. Pero como el amor a Dios que experimentan los bienaventurados es intensísimo, hay que concluir lógicamente que el gozo que de él resultará será de la misma intensidad. Es el gozo inefable del que ha alcanzado para siempre su último fin, que consiste en una felicidad inenarrable que nadie le podrá arrebatar *en el seno mismo de Dios*. Los bienaventurados descansan y se hunden en un océano de gozo, que llena por completo las profundidades de su alma y satisface plenamente las aspiraciones de su corazón, sin que puedan apetecer o desear absolutamente nada más. Es el cumplimiento de aquel «entra para siempre en el gozo de tu Se-

73. Cf. II-II, 28, 1.

ñor» (Mt. 25,21) y de las palabras de Cristo que no pasarán jamás: «Nadie será capaz de quitaros vuestro gozo» (Jn. 16,22).

b) LA PAZ. La paz es otro efecto intrínseco del amor, según el Doctor Angélico[74]. Se define, como es sabido, *la tranquilidad del orden* (San Agustín). En el cielo todo estará en perfectísimo orden. Desde el punto de vista individual, el cuerpo estará perfectamente sometido al alma, y el alma perfectamente a Dios. Entre todos los bienaventurados reinará una concordia entrañable y un orden absoluto. Dios lo será *todo en todas las cosas* (1 Cor. 15,28). Jamás la menor disonancia vendrá a perturbar aquel maravilloso concierto y armonía. El resultado será una paz inefable: la paz de Dios, que «sobrepuja todo entendimiento» (Flp. 4,7) y de la que ahora apenas podemos formarnos una idea obscura, lejana e imperfecta.

Y todo cuanto acabamos de decir: la visión, el amor y el gozo beatíficos se refiere a la gloria del alma, que es, desde luego, la más importante y esencial. Pero también los cuerpos gloriosos tendrán su gloria correspondiente que será una consecuencia y redundancia de la gloria del alma. La gloria del *hombre o perso-*

74. Cf. II-II, 29, 3.

na humana no sería posible sin la gloria del cuerpo, ya que el alma sola no constituye al hombre o persona humana: se requiere la unión sustancial entre los dos.

La teología católica, con serio fundamento en la Sagrada Escritura y en la Tradición cristiana, reconoce en el cuerpo glorificado las cuatro maravillosas cualidades o dotes: la *claridad,* que la hace más brillante que el sol; la *agilidad,* por la que puede trasladarse a lugares remontísimos con la velocidad del pensamiento; la *sutileza,* por la que podrá atravesar las paredes o una montaña sin necesidad de puerta o de túnel, como el sol atraviesa un cristal sin romperlo ni mancharlo y la *impasibilidad,* que le hará absolutamente invulnerable al dolor, al sufrimiento y a la muerte.

Y hay que hablar también del goce correspondiente a cada uno de los sentidos corporales: vista, oído, olfato, gusto y tacto, cada uno de los cuales experimentará deleites inefables correspondientes a los objetos que le son propios.

No hay, pues, posibilidad alguna de que al entrar en el cielo experimentemos la más mínima decepción. En la sencillez y candor de su amor, decía Santa Teresita del Niño Jesús: «Pienso que, si no estoy bastante asombrada cuando llegue al cielo, fingiría estarlo para alegrar a Dios... No hay cuidado de que deje no-

tar mi decepción; sabré ingeniarme para que no se dé cuenta». Pero estas palabras, lejos de ser la expresión de una duda, estaban inspiradas por la locura de su amor, pues sabía muy bien que en el cielo es imposible experimentar la menor decepción. Y añadía: «Con sólo ver contento a mi Dios, seré completamente dichosa».

Estemos tranquilos. Al entrar en el cielo podremos repetir esta otra frase de la santa de Lisieux: «Ha superado infinitamente todas mis esperanzas».

APENDICE

EL SIMBOLO «QUICUMQUE»

Como resumen y compendio de la doctrina católica sobre el misterio adorable de la Santísima Trinidad, recogemos a continuación el famoso símbolo Atanasiano conocido con el nombre de *Quicumque*, por su palabra inicial en su versión latina que es la primitiva. Atribuido a San Atanasio, su verdadero autor no ha podido ser todavía reivindicado definitivamente por la crítica histórica, pero es ciertísimo que alcanzó desde el principio la más alta autoridad en la Iglesia, lo mismo occidental que oriental, hasta el punto de entrar en la liturgia oficial y de ser considerado como verdadera definición de fe. Helo aquí en su versión castellana más pura:

SIMBOLO ATANASIANO (QUICUMQUE)

1. Todo el que quiera salvarse, es preciso ante todo que profese la fe católica.

2. Pues quien no la observe íntegra y sin tacha, sin duda alguna perecerá eternamente.

3. Y ésta es la fe católica: que veneremos a un solo Dios en la Trinidad Santísima y a la Trinidad en la unidad.

4. Sin confundir las personas, ni separar la substancia.

5. Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo.

6. Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola divinidad, les corresponde igual gloria y majestad eterna.

7. Cual es el Padre, tal es el Hijo, tal el Espíritu Santo.

8. Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo.

9. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo.

10. Eterno el Padre, eterne el Hijo, eterno el Espíritu Santo.

11. Y sin embargo no son tres eternos, sino un solo eterno.

12. De la misma manera, no tres increados, ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso.

13. Igualmente omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo.

14. Y sin embargo no tres omnipotentes, sino un omnipotente.

15. Del mismo modo, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios.

16. Y sin embargo no son tres Dioses, sino un solo Dios.

17. Así, el Padre es Señor, el Hijo es Señor, el Espíritu Santo es Señor.

18. Y sin embargo no son tres Señores, sino un solo Señor.

19. Porque así como la verdad cristiana nos obliga a creer que cada persona es Dios y Señor, la religión católica nos prohíbe que hablemos de tres Dioses o Señores.

20. El Padre no ha sido hecho por nadie, ni creado, ni engendrado.

21. El Hijo procede solamente del Padre, no hecho, ni creado, sino engendrado.

22. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, no hecho, ni creado, ni engendrado, sino procedente.

23. Por tanto, hay un solo Padre, no tres Padres; un Hijo, no tres Hijos; un Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos.

24. Y en esta Trinidad nada es antes ni después, nada mayor o menor: sino que las tres personas con coeternas e iguales entre sí.

25. De suerte que, como ya se ha dicho antes, en todo hay que venerar lo mismo la unidad en la Trinidad y la Trinidad en la unidad.

26. Por tanto, quien quiera salvarse, es necesario que crea estas cosas sobre la Trinidad.

27. Pero para alcanzar la salvación eterna es preciso también creer firmemente en la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo.

28. La fe verdadera consiste en que creamos y confesemos que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y Hombre.

29. Es Dios, engendrado de la misma substancia que el Padre, antes del tiempo; y hombre, engendrado de su Madre Santísima, en el tiempo.

30. Perfecto Dios y perfecto hombre: que subsiste con alma racional y carne humana.

31. Es igual al Padre según la divinidad; menor que el Padre según la humanidad.

32. El cual, aunque es Dios y hombre, no son dos Cristos, sino un solo Cristo.

33. Uno, no por conversión de la divnidad en cuerpo, sino por asunción de la humanidad en Dios.

34. Uno absolutamente, no por confusión de substancia, sino en la unidad de la persona.

35. Pues como el alma racional y el cuerpo forman un hombre; así, Cristo es uno, siendo Dios y hombre.

36. Que padeció por nuestra salvación: descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos.

37. Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso: desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

38. Y cuando venga, todos los hombres resucitarán con sus cuerpos, y cada uno rendirá cuenta de sus propios hechos.

39. Y los que hicieron el bien gozarán de vida eterna, pero los que hicieron el mal irán al fuego eterno.

40. Esta es la fe católica, y quien no la crea fiel y firmemente no se podrá salvar.

Gloria al Padre...